



Déjame
ESTAR CONTIGO

TRILOGÍA DÉJAME 3

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Déjame
ESTAR CONTIGO

© Déjame estar contigo.

© Autores: Dylan Martins y Janis Sandgrouse

© Imagen de portada: Adobe Stock

© Primera edición en eBook: Noviembre 2020

La novela es una obra de ficción. Cualquier parecido con los personajes, lugares que se citan o cualquier otro tipo de coincidencia es fruto de la casualidad. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los autores, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Escuché mi nombre y una luz apuntando a mis ojos, estaba aturdida y me notaba sin fuerzas, rápidamente me di cuenta de que estaba rodeada por un equipo médico.

Recordé de repente lo de *Paul* y comenzó a faltarme la respiración, me estaba dando un cuadro de ansiedad y los médicos estaban diciendo de ponerme algo que no entendí, me quería morir en ese momento.

Me inyectaron algo en el brazo y, poco a poco, me fui relajando, un rato después comenzó una voz masculina a hablarme.

—Andrea, hola, soy el doctor *Nelson* —levanté la mirada y lo vi hablándome cerca.

—Hola, doctor. ¿En qué hospital estoy?

—En el *Prince Hospital*, donde se le atendió hace unos meses por un cuadro de *shock* post ansiedad.

Sabía que ahí estaba *Paul*, era su hospital de cabecera y donde tenía su seguro, las lágrimas comenzaron a brotar por mis mejillas y no fui capaz de preguntarle por él.

El médico me hizo varias preguntas y me dijo que en un rato volvería, en ese momento entró *Luka*, lo miré llorando.

—Tranquila, hazlo por tu bebé, los padres de *Paul* están fuera y vieron el sobre, lo saben todo, están muy preocupados por ti y como es obvio están destrozados por el hijo, aún no se sabe nada de su estado, pero al menos no hay peores noticias.

—Han abierto el sobre...

—Sí, cuando supieron lo del accidente mientras venían en el coche ella lo vio en su bolso y lo abrió.

—Madre mía, me quiero morir *Luka*, me quiero morir.

—No, no te quieres morir, vas a ser madre y tu hijo te necesita.

—¿En estas condiciones? —pregunté llorando.

—En las que sea, pero es tu hijo y tú eres una luchadora, saldremos de esta y el tiempo, día tras día, será quien ponga todo en su lugar.

—Se está muriendo, *Luka*, se está muriendo.

—Lo sé, pero no está muerto, no lo está. ¿Ok? Lo negativo llama a lo negativo y tú ahora no puedes ponerte así.

—Tengo terror, *Luka*...

—Es normal, pero vamos a superar todo esto juntos. ¿Ok? No estás sola.

—Soy incapaz de reaccionar a nada, esto es una pesadilla y quiero despertar de ella —las lágrimas caían a borbotones, las notaba como si de un grifo se tratara.

—Por desgracia no lo es —acariciaba mi mano—. No lo es y tenemos que afrontar lo que hay, *Andrea*.

—Necesito salir de aquí, quiero saber lo que está pasando.

—Vas a salir más tarde, en cuanto digan los médicos que lo creen oportuno, por lo demás, no tenemos noticias nuevas sobre el estado de *Paul*, y hasta que no den otro parte los médicos, seguiremos igual.

—¿Y qué hacen sus padres?

—Están con la hija en la puerta del hospital, no pueden hacer otra cosa que esperar y mejor afuera que encerrados en una sala.

—Joder qué mal, deben estar destrozados.

—A esa familia se le acaba de romper la vida, casi lo mismo que te está pasando a ti, pero todos lo tenemos que afrontar y quizás de repente puede salir el sol y brillar para todos.

—¿El sol? Lo que va a salir es esta cosita y solo espero que su padre esté vivo —dije señalándome a la barriga, sin poder dejar de llorar.

—Mi niña, vamos a salir de esta, ponte bien que no me puedes dejar solo, capulla, que esa judía y yo, te necesitamos y el que está en la Unidad de Cuidados Intensivos también te necesita, si le hablas eres capaz de despertarlo, te lo digo yo.

Los médicos entraron y Luka salió, estuvieron preguntándome, me miraron los ojos y me dijeron que cuando se acabara el gotero me podía ir, pero que tuviera cuidado con las emociones, que debía trabajar en ello pues me provocaban esos desplomos o una crisis de ansiedad que me hacía entrar en *shock* y eso podía ir agravándose.

Les dije que lo haría y se despidieron con una sonrisa, volvió a entrar Luka y acto seguido, a los diez minutos, la enfermera que me quitó el gotero.

Me dijo que me fuera levantando de a poco y que no tuviera prisa, Luka le dijo que tranquila, que él se ocupaba.

Salimos un rato después y fuimos hacia donde estaban los padres y la hermana de *Paul*, daba pena verlos, destrozados, y yo los entendía porque me dolía el corazón, ahora sabía lo que era un dolor así, que te desgarras el alma y te arranca la felicidad por completo.

Su madre vino corriendo a abrazarme, luego lo hicieron su padre y su hermana.

—Para nosotros, tú y el bebé que estás esperando, sois ya de nuestra familia, independientemente de todo. Estaremos para apoyarte y estamos seguros de que *Paul* lo haría con uñas y dientes si lo supiera.

—Tranquilos, gracias —no podía dejar de llorar.

Estuve con ellos hasta las ocho de la noche que el médico salió a dar el parte, todo estaba igual, al menos se mantenía que no es que fuera un avance, pero tampoco un desenlace.

Comentó que se podría ver en tres turnos, a las diez de la mañana, cuatro de la tarde y nueve de la noche, se podía entrar de dos en dos.

Cuando se fueron, los padres me pidieron que fuera a verlo al día siguiente, que dijera qué turno quería, pues ellos con dos iban bien, querían que yo le hablara, casi me lo imploraban. Les dije que cada mañana iría yo y me lo agradecieron.

Nos despedimos, ellos se fueron a su casa y yo a la mía con Luka, cenamos y me dejó sola, eso sí, me puso la cabeza como un bombo con tanta paz y amor, yo tenía el corazón roto y eso no había calma que lo pudiera recomponer.

A la mañana siguiente a las diez en punto me hicieron pasar para verlo, casi me da algo al verlo tan pálido, lleno de tubos y máquinas, aquello era muy fuerte para mí.

Le cogí la mano y me eché a llorar intentando no hacer ruido, pero tenía unos quejidos de dolor que eran difíciles de contener.

—*Paul* —dije cuando pude hablar—. No te puedes ir sin conocer a la judía como llamamos

Luka y yo, a la preciosidad que tengo en mi vientre. Tienes que conocer a quien es parte de ti, estés o no junto a nosotros, siempre le diré que tiene al mejor padre del mundo, que es la mejor persona y un cabezón como yo, que no da opción a la justificación, pero que nos amamos como si no hubiera otro mundo —acariciaba su mano—. Quiero que sepas que siempre soñaba que nos casábamos y que teníamos hijos, ahora viene uno en camino, pero daría la vida por estar dándote el sí quiero y comenzar una vida en común con lo que ahora podría ser nuestra familia —llevaba dos *kleenex* desde que entré—. Tengo el corazón roto en mil pedazos y la sensación de que para mí ya nada tiene sentido en esta vida, sé que es egoísmo porque estoy esperando un hijo, pero mi mundo se paró y no sé cómo llevar mi vida ahora. Me falta todo, me faltas tú y me siento vacía, es mucho dolor el que siento ahora mismo.

Me derrumbé y no pude seguir hablando. Unos momentos después vinieron a avisarme de que ya se acaba la visita.

Acaricié la mano de *Paul* y me acerqué a su mejilla para darle un beso.

—Te voy a amar todos los días de mi vida —murmuré mientras mis lágrimas caían sobre su rostro y yo lo secaba con los dedos.

Me fui destrozada, directa a mi casa donde me cambié de ropa y me refugié en el sofá, no tenía ganas de nada, solo de estar así, en mi mundo, en mi soledad y con mi dolor.

Luka vino a traerme comida, sabía que lo último que haría sería prepararme algo de comer. Se encargó de asegurarse que me lo comía todo y luego me dejó allí descansando en el sofá.

Ese día ni entré a las redes, por la noche me llamó su madre y me comentó que todo seguía igual, la pobre me intentaba animar, desde luego que mejores personas era imposible encontrar.

Esa noche me acosté temprano, tenía ganas de volverlo a ver, aunque me partía el alma verlo de aquella manera, pero solo poder tocar su mano era para mí muy reconfortante.

Capítulo 2



De nuevo entraba por esa puerta donde los sentimientos me zarandeaban al ver a *Paul* en aquella situación, no podía contener esas lágrimas que salían a cantaros.

Le besé la mejilla diciéndole que le amaba, con voz temblorosa.

Me senté en la butaca, acercándola lo más que pude y me ladeé, le cogí su mano entre las mías.

—Vida mía, has luchado dos días, eso es buena señal, al menos quiero confiar en que quieres ganar esta batalla y quieres vivir. Tu familia te necesita, la judía también, y yo, bueno yo aceptaré el que quieras o no estar a mí lado, pero te quiero con vida, por ti, por tu bebé y por los tuyos. Somos muchos los que te queremos y te necesitamos, no eres un perdedor —tragué saliva y me sequé las lágrimas que salían sin tregua.

Y no pude decir nada más, solo me limité a acariciar su mano y llorar, no podía dejar de hacerlo. Me despedí de él y ese beso es lo que le pude dar, incapaz de decirle un, te amo o un te quiero, estaba llena de dolor.

Al salir estaba esperándome Luka, me agarró del brazo y nos fuimos a desayunar, esa mañana solo tenía un vaso de leche en el cuerpo y es que ya ni café tomaba, no era bueno para el bebé que estaba esperando.

—Hoy me fui sin decirle, te amo —dije sosteniendo el vaso de batido entre mis manos.

—Pues eso cuando se despierte es motivo de bronca asegurada.

—¡Imbécil! —me hizo reír.

—Mira he conseguido sacarte una sonrisa, eso es un punto a mi favor.

—Tienes muchos puntos, pero por muchas sonrisas que me saques, el dolor no me lo va a conseguir quitar nada ni nadie.

—Demasiado mi niña, demasiado —pellizcó mi mejilla.

Tras el desayuno paseamos un poco, Luka quería que me diera el aire, yo solo quería refugiarme en el rincón de mi sofá y llorar hasta quedarme dormida, pero él no lo iba a permitir y yo no tenía fuerzas para discutir.

Paseamos y luego comimos unos sándwiches antes de subir para casa, donde nos despedimos con un abrazo y quedamos en que me esperaría de nuevo en la puerta del hospital al día siguiente.

Me di un baño y luego me tiré en el sofá, entré al grupo de las chicas de la tribu y tras la llorera que tenía, alguna que otra sonrisa se me escapó con el *post* de Marta y la gracia que tenía Vanessa, contestando con los gifs.

La madre de *Paul* me llamó cuando salió de la visita, los médicos estaban esperanzados pues no empeoraba, se mantenía estable y eso era buena señal, pero vamos, tampoco aseguraban nada ni a corto ni a largo plazo.

Me dormí llorando como una niña pequeña con los brazos rodeando mi vientre, algo estaba creciendo dentro de mí y me necesitaba. Me daba mucha pena que le pudiera estar transmitiendo mi dolor y tristeza, pero es que no lo podía evitar, tenía una pena que me ahogaba y un miedo

terrible al futuro, me daba mucho miedo a enfrentarlo sola, eso era lo que más me aterraba.

Capítulo 3



Náuseas y un malestar general tenía esa mañana, pero, poco a poco, fue pasando y cuando llegué al hospital me encontraba mucho mejor.

La enfermera me saludó muy amable y cerró la puerta, esa mañana no estaba yo tan llorona, pero el dolor era el mismo.

—Buenos días, cariño —acaricié su mano y me agaché para darle un beso, pero esta vez lo hice en la comisura de sus labios y me salió una leve sonrisa, lo besé de nuevo, pero esta vez justo en la boca—. A ver guapetón, sé que no debería darte ese beso porque tú decidiste dejarme, pero yo no me voy a quedar con el feo recuerdo de lo que pasó ese día, yo me quedo con estos besos ahora que no me puedes decir nada —sonreí mientras de nuevo comenzaban a brotar las lágrimas.

En ese momento entró el doctor.

—Buenos días, Andrea —ya todos me conocían allí.

—Buenos días, doctor —sonreí secándome las lágrimas.

—Como ves respira por sí mismo, todo su organismo funciona perfectamente y es que pensamos que tiene un coma leve en el que el paciente está como en un sueño profundo a causa del *shock* del golpe, no lo podemos decir seguro al cien por cien, pero si despertara pronto, creemos que tiene posibilidades de salir bien de esta.

—Pero, ¿se va a despertar?

—No se puede saber, pero confiamos en que sí, estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano.

—Entiendo...

—Háblele mucho, seguro que la escuchará —me hizo un guiño y se marchó y yo, intenté seguir su consejo a ver si ocurría un milagro.

—*Paul*, dice el médico que te hable mucho, lo malo que te dé por estar escuchándome y luego te levantes un día y quieras matarme por ponerte la cabeza como un bombo —acariciaba su barbilla—. Tu madre me pidió que si el bebé es niño le ponga *Paul* por ti y por tu padre, así que, donde manda la abuela, los demás somos marineros —me sequé las lágrimas—. Creo que deberías de contestarme algo, maleducado, que me marco aquí unos monólogos que para mí se quedan. Por cierto, tu sobrina está preciosa, tu hermana ayer me mandó una foto, te la quiero enseñar, pero joder, colabora, abre los ojos y mándame a la mierda, pero deberías de hacer algo. Bueno, si te puedes ahorrar el mandarme a la mierda te lo agradezco —sonreí secándome más lágrimas—. No sé qué hacer con mi vida *Paul*, me encantaría poder hablar contigo, si no quieres estar a mi lado, no pasa nada, es tu decisión, pero sí por lo menos apoyarme un poco. Tengo mucho miedo —rompí a llorar—. Yo iba para puta, no para madre —solté una carcajada entre lágrimas—. Joder que te necesito al menos para que me digas que no vas a rechazar a tu hijo —acariciaba su mano—. Bueno, me tengo que ir, ya me avisa esta enfermera tan simpática que se acabó la visita y debo dejarte descansar —la miré y ella me sonrió—. Te amo más que a mi vida —murmuré besándole

la mejilla.

En la puerta del hospital estaba Luka, que me abrazó al verme.

—Mira, te he comprado un regalito —puso una cajita envuelta en papel en color amarillo pastel sobre mis manos.

—Para qué me compras nada... —le besé la mejilla.

—Bueno, no es para ti, es para la judía —tocó mi barriga.

—Da mala suerte tan pronto —sonreí abriéndolo.

—Eso no, es lo primero que se le debe de regalar a una madre embarazada.

—Ohhh, es precioso —dije sacando un chupete precioso con una cadena de plata y la solapa para agarrarlo donde había labrada unas nubes y el sol, pintadas en lacado.

—A mi judía, de aquí a que nazca, le compra su tito de todo —me echó la mano por el hombro y comenzamos a andar.

—Te juro que estoy que no me creo todo lo que pasó y está pasando, la verdad es que no sé cómo recomponer mi vida.

—Pues con el paso del tiempo, de los días.

—Hoy me aproveché del estado de *Paul* y le di un beso en la comisura y otros en los labios.

—Pues mañana le metes la lengua hasta la garganta, lo mismo lo despiertas —me provocó una carcajada.

—¡No seas bruto!

—Joder, lo amas y encima no se puede quejar, pues aprovecha niña.

—Cualquier día cojo la camilla y me lo llevo así del hospital —lo miré con tristeza, pero nos echamos a reír.

—Capaz eres, pero vamos, mejor cuidado que va a estar ahí, no va a estar en ningún sitio y que ese sale de esta, te lo digo yo.

—Eso es otra, cuando salga tendré que correr por patas.

—¿Dónde vas a ir tú? —preguntó negando.

—El día que despierte no volveré al hospital, no quiero que lo pasé mal viéndome, él decidió dejarme y yo lo respetaré, sus padres lo pondrán al tanto de todo y él, que decida libremente lo que hacer y si quiere me buscará.

—Te buscará, no me cabe la menor duda, va a salir de esta y te buscará.

—Amo tanto a ese hombre, que daría lo que fuera porque saliera, aunque luego no estuviese a mi lado, pero que tuviera la oportunidad de vivir. A pesar de todo lo que nos pasó, para mí es una de las mejores personas que he conocido, como tú.

—Gracias por aclararlo, ya me iba a poner celoso —echó la mano por mi hombro y besó mi mejilla.

Nos montamos en su coche y nos fuimos al centro de la ciudad a pasear, eso de encerrarse en casa era muy mala idea, así que tocaba andar, tomar el aire y comer en la calle, ya luego volveríamos a los apartamentos.

Pasé por una joyería y vi una pulsera de hombre de hilo de oro y cuero, era preciosa y de una firma muy conocida, no lo dudé, se la compré para ponérsela al día siguiente en la muñeca.

Salimos de allí y luego nos fuimos a seguir paseando hasta la hora de la comida, que la tomamos en un restaurante que nos gustaba mucho.

El resto del día fue como los demás, pasé la tarde en el sofá, por la noche hablé con su madre y luego con mis padres, y deseando que llegara el día siguiente para volverlo a ver.

Y así fue como llegó la nueva visita, y ahí me planté yo dispuesta a robarle otro beso.

—Cariño, te traigo un regalito, te guste o no, te vas a aguantar con él, porque te lo he comprado con mucho cariño —le coloqué con cuidado la pulsera en la muñeca—. Hoy te veo mejor color de cara, pero hijo, pon de tu parte, ni que fueras la Della Durmiente. ¡Cómo has cambiado el cuento! Ahora soy yo la que te beso para que despiertes —le di un beso en los labios.

Le sujetaba la mano y lo miraba, no podía creerme que estuviera así, ese hombre que sabía manejarme como nadie, que me hacía el amor de mil maneras, que se enfadaba y no sabía si estaba serio o bromeando, que me sorprendía apareciendo como en Cuba cuando menos lo esperaba. Me partía el alma verlo en aquella cama inmóvil, era como si me cogieran el corazón y lo estrujaran provocándome un dolor impresionante.

A la hora de la despedida le di un beso en los labios y le dije algo que me salió del corazón.

—Me cambiaría por ti, eres tú el que mereces vivir.

Me fui destrozada, esa mañana me afectaba todo demasiado y no tenía fuerzas para nada. Le dije a Luka que nos fuéramos directos para casa, no podía con mi alma y necesitaba estar sola.

En mi casa no ponía la tele, los medios no dejaban de hablar de él y como hablaban sin saber, pues me ponían mal.

Estuve charlando con Vanessa de la tribu, todos sabían que estaba pasando un mal momento, pero ella cada día me preguntaba cómo estaba e intentaba levantar mis ánimos.

Me sorprendió que me abriera un privado *Dylan*.

Dylan: Hola, preciosa.

Andrea: Hola, Dylan. ¿Qué tal estás?

Dylan: Yo bien, pero el que tiene que preguntarte soy yo, sé que no lo estás pasando bien y quería transmitirte mi cariño.

Andrea: Gracias, ahí voy, cada día es una prueba superada, pero no levanto cabeza.

Dylan: Lo tienes que hacer por el hijo que estás esperando.

Andrea: Lo sé, pero todo es demasiado fuerte.

Dylan: La vida a veces es dura, nos pone a prueba, pero tenemos que superarla.

Andrea: Es verdad, pero qué difícil en estas circunstancias.

Dylan: Si todo fuera de color de rosas, no sería la vida, sería el Paraíso.

Andrea: Tienes razón.

Dylan: Bueno, te volveré a preguntar en estos días, cualquier cosa que necesites aquí estamos toda la tribu para arroparte. Un abrazo.

Andrea: Un abrazo, Dylan.

Ese hombre tenía una calidad humana increíble.

Por la noche la madre me dijo que, agarrando a su hijo de la mano, este hizo un movimiento que ella entendió por una señal, pero que los médicos le dijeron que podía ser eso o que su cuerpo había reaccionado de forma inconsciente.

Eso me dejó pensativa toda la noche...

Capítulo 4



El médico esa mañana me dijo antes de entrar que estaban muy esperanzados con *Paul* y que había reaccionado a varias pruebas, creían que su cerebro se estaba despertando, no tenía por qué ser hoy o mañana, podía llevar varios días, pero veían una mejoría impresionante ya que había tenido varios reflejos.

Entre eso y lo que la madre me había dicho el día anterior, se iluminó mi vida un poco y es que sentí que él iba a salir de esta, debía hacerlo y como me había dicho el médico, cuanto antes mejor, así para él sería todo más fácil.

Agarré la mano de *Paul* y me acerqué para besar sus labios, yo no sabía si lo que estaba haciendo estaba bien o no, pero era lo que me salía del corazón. Entendía que me había dejado y no por estar esperando un hijo tenía derecho a nada, pero es lo que me nacía hacer.

—*Paul*, me dicen que notan mejoría, no sabes cuánto me alegro —acariciaba su mano mientras lo miraba fijamente—. Esto a los que te queremos nos está causando un dolor impresionante y, sobre todo, a tus padres y hermanas, no sabes lo mal que están, fue un golpe muy duro. Imagino que cuando salgas de esta, pues estoy completamente segura de que lo harás, querrás tranquilidad, paz, pensar e ir asimilando todas las noticias que te encontrarás. Yo, me alejaré para darte ese espacio, aunque sea lo que más me duela en el mundo, pero respetaré eso —las lágrimas comenzaron a caerme de nuevo—. Sabiendo lo que hiciste por tu hermana a escondidas de tus padres, sé que no dejarás por nada del mundo que nuestro hijo o hija crezca apartado de ti, algo me dice que así será —apreté su mano y noté como una reacción, podía ser uno de esos reflejos de los que hablaba el médico. Llevé mis labios hasta él y lo besé.

Ese día salí de ahí con más esperanzas, aunque al cabo del día por momentos se me pasaban y me ponía de lo más trágica, pero ahí estaba *Luka* para levantarme el ánimo de nuevo, y *James*, que cada vez que me veía entrar y salir por el edificio me daba un abrazo o me transmitía mucho cariño.

James ya estaba bien con su mujer, fue un momento de esos de tensión que se viven en las parejas, algo normal, pero que se querían, lo hacían y a lo grande, eso sí que era un amor de verdad, pese a él tener mil opciones, siempre la elegía a ella cada día.

Ese día estuve hablando un buen rato con su madre, estaba la pobre esperanzada, pero el miedo no se le quitaba como era normal, luego me pasó con su hija *Nicole*, con la que quedé en que al día siguiente comería cuando saliera del despacho en el que trabajaba.

Era una gran abogada a la que su hermano pagó la carrera, hizo un gesto precioso con ella en aquel entonces cuando él estaba comenzando su exitosa carrera empresarial.

Al día siguiente llegué al hospital y el médico de nuevo estaba muy esperanzado, decía que lo veía con ganas de salir de ese trance en el que estaba, pero claro, había que darle su tiempo.

Lo besé al entrar y le hablé como cada día.

Le conté que en unas semanas era el cumpleaños de mi madre y quería darle una sorpresa, pero

claro, él se tenía que despertar para poder irme tranquila.

Le bromeé sobre que la pequeña judía me había dado una patada, cosa que era imposible pues estaba de un mes y poco, pero era por hacer ese momento más divertido y no tan dramático como cada mañana.

Acariciaba su mano dándole calor y cariño, intentaba transmitirle todo aquello que sentía por él y que, aunque tuviera que venir todos los días de mi vida, ahí estaría, además se lo dije antes de irme.

—Vendré cada día de mi vida si es necesario, de ti depende todo, así que, por favor, despierta y sal de este lugar que no te mereces. Te quiero con toda mi alma —le di un beso en los labios y me fui.

Todos los días tenía la misma rutina, me levantaba, desayunaba, me iba a ver a *Paul*, le hablaba sobre su familia, el bebé que venía en camino y sobre lo que le amábamos todos. Me desvivía cada día en mostrarle todo el amor que sentíamos hacia él, y lo contentos que estaban sus padres con el tema de ser abuelos.

Solo un día noté que reaccionó a mi contacto y como que hizo un intento de apretar mi mano, ese día en el que, sin saberlo, sería el último en ir a visitarlo en aquellas circunstancias.

El teléfono sonó sobre las diez de la noche, como cada día era su madre.

—¡Hija, hija, *Paul* despertó! —dijo entre sollozos.

—¿Qué dijo?

—Estando con él, abrió los ojos. Llamamos corriendo a los médicos y nos sacaron de la habitación para reconocerlo. Un rato después, nos dijeron que había despertado, pero que necesitaba descansar. Dijeron que eso era lo que estaban esperando, que desde este momento pensaban que la evolución sería muy rápida y que estaba fuera de peligro —decía entre sollozos, los mismos que me estaba provocando a mí.

—Sabes que entonces no iré mañana como venimos hablando todos estos días —dije con un nudo en la garganta—. Cuando él salga si me quiere a su lado, vendrá a buscarme y si no es así, me conformaré con la decisión que tome, por mucho que me duela.

—No dudo que lo hará, pero aún le queda un tiempo en el hospital, hija...

—No pasa nada, si te digo la verdad, lo voy a esperar todos los días de mi vida.

—Lo sé, Andrea, lo sé. Eres muy buena persona y lo mejor que le ha pasado en la vida.

—No lo soy, pero amo a su hijo más que a mí misma.

—Y él a ti, jamás se ilusionó con nadie como lo hizo contigo y nunca me presentó a ninguna mujer, además con el corazón que tiene, sé que querrá a su hijo más que a nada en este mundo.

—Ojalá sea así...

—No tengas la menor duda hija, no lo dudes.

—Bueno, por favor, mantenme informada, ¿sí?

—Claro, hija, te llamaré y mandaré mensajes.

Y así fue, hasta me envió alguna que otra foto sin que él lo supiera. Cada día me llamaba y me decía que estaba mejor, que sonreía y charlaba, jamás me dijo nada de haberle dicho lo del hijo que esperaba o si había preguntado por mí. Eso me daba mala espina, pero yo con saber que había sobrevivido era feliz dentro de mi tristeza.

Preparé todo para el viaje a Puerto Rico, quería pasar el cumpleaños de mi madre con ella y despejarme unos días, en *Manhattan* no hacía nada y las noticias las podía recibir desde cualquier lugar, así que era hora de refugiarme en mis padres, esas personas que ahora mismo me podían dar el calor y arropo que necesitaba en estos momentos tan delicados de mi vida.

Fui con Luka al ginecólogo antes de ese viaje y todo estaba perfecto, aún no podían decirme el sexo como era normal, pero sí que me dejaban claro de que todo iba viento en popa, así que con eso me conformaba, lo que fuera, bienvenido sería y era lo de menos en estos momentos.

Mi amigo se había portado como un campeón todo este tiempo y solo de pensar que le eché la culpa de todo, se me caía el alma en pedazos, no se lo merecía, pero él me comprendió y perdonó ese arranque que realmente yo no sentía, no tuvo la culpa de nada, solo me invitó a cenar y pasó ese desafortunado beso que llevó a que todo fuera de mal en peor. El abandono por parte de *Paul*, y que me mandara la ropa, la noticia del embarazo, su accidente. Joder había sido todo un maldito momento de acontecimientos que se agolparon de forma estrepitosa.

Todo había sido tan rápido y fuerte que así estaba yo, en un estado que no llegaba a reaccionar del todo, perdida en la vida, esperando un milagro o algo que cambiara el curso de las cosas, esas que eran como meter todo en un jarro de cristal y removerlo. No había por donde coger la situación y todo era un puzle hecho en mil pedazos.

Cerré las maletas la noche anterior al viaje y me eché a llorar, necesitaba soltar todo de mi interior, sentía que sí que había tenido mucho cariño a mi alrededor, pero eso no era suficiente para calmar aquel vacío que sentía y lo peor de todo, es que me daba mucho terror volver de Puerto Rico y que la vida siguiera como si nada hubiera pasado entre nosotros, que no quisiera saber nada de mí ni de nuestro hijo, ese que estábamos esperando y que parecía que lo iba a llevar en esta dolorosa soledad.

Capítulo 5



Dos semanas, ese era el tiempo que había pasado desde que *Paul* despertara del coma, pero no podía ir a verlo, no quería obligarlo a que me viera si ya había decidido una vez que me dejaba.

Dejé de ir a visitarlo cuando su madre me dijo que había salido del coma y, desde entonces, fui viendo en las noticias los avances que hacía. Había mejorado a pasos agigantados y afortunadamente no tenía secuelas graves, cosa de la que me alegraba.

Lloraba cada vez que hablaban de él, y es que un amor tan grande como el que yo sentía no se podía olvidar tan fácilmente, de la noche a la mañana. Pero como le dije a *Mary*, la madre de *Paul*, si él quería algún día me buscaría, pero no iba a obligarle a tenerme cerca.

Teníamos un hijo en común, bueno, realmente estaba en camino, pero era de los dos. Se lo dije, aunque que no sé si me escuchaba.

Los médicos decían que cuando alguien estaba en ese estado, podían escuchar todo lo que les dice, aunque no reaccionen ni puedan hablar.

Yo segura no estaba, pero le hablé de nuestro hijo porque quería que fuera parte de su vida, que lo viera crecer y estuviera ahí siempre que necesitara el apoyo de su padre.

Luka no me dejaría sola y estaría también para mi hijo, su ahijado, pues estaba convencida de que, o le nombraba padrino o se moría mi pichilla loca, pero, teniendo un padre como tenía, esperaba que no le diera la espalda.

Estaba llegando a Puerto Rico.

Decidí dejar *New York* y venirme un tiempo a casa de mis padres, necesitaba ese cambio de aires y tenerlos cerquita, que me mimaran, pero, sobre todo, que me dieran ese consuelo que solo unos padres pueden darle a un hijo.

Hoy era el cumpleaños de mi madre, y me iba a presentar de sorpresa para pasarlo con ellos en casa. Hablé con ellos un par de días antes y les dije que todo estaba bien, que ya volvería a llamarlos, así que cuando me vieran en la puerta...

Aterrizamos y tras coger todo el equipaje subí a un taxi que me llevara a mi barrio, al hogar que me vio nacer, crecer y convertirme en mujer, como decía mi madre.

Parada frente a la puerta, respiré hondo, llamé al timbre y esperé a que abrieran.

Mi padre se quedó boquiabierto, pero le pedí con un dedo en los labios que no dijera nada, sonrió, asintió y tras darme un beso y un abrazo, cogió mi equipaje y cerró la puerta.

—Rafael, ¿quién era? —escuché que preguntaba mi madre.

—El cartero, que traía un certificado.

—Vale.

Su voz venía de la cocina, sabía que estaba preparando la comida, además de un pastel. Ella nunca compraba las tartas para nuestros cumpleaños, prefería hacerlas ella misma, aunque se pasara el día entero entre fogones, pero le gustaba, disfrutaba cocinando como le pasaba a mi abuela.

Fui con mi padre hasta la cocina y, efectivamente, ahí estaba doña Bárbara amasando.

Me acerqué despacio, sin hacer ruido y...

—¡Felicidades, viejita! —grité dándole un abrazo por detrás.

—¡Ay, ay que me da! —empezó a llorar, se giró y me comió a besos—. ¡Ay, mi niña! Pero, ¿qué haces aquí?

—¿Qué voy a hacer, mamá? Venir a pasar el día de tu cumpleaños con vosotros.

—¿Y para eso te haces un viaje, y con mi nieto en camino? Hija...

—He venido para pasar unos días, mamá. Os necesito mucho ahora mismo —dije con tristeza y ella me abrazó.

Sentí también los brazos de mi padre que, como solía hacer a menudo, nos abrazaba a las dos. Era todo un papá oso.

—Pues venga, a dejar tus cosas en el cuarto y a descansar un rato del viaje antes de comer, ¿vale? Que ese pequeñín también estará cansado.

—Mamá, si todavía ni se me nota la tripita.

—No, ya lo veo, eso es porque comes poco, o mal, que en tu caso... Eso va a cambiar ya mismo, ahora que estás en casa verás lo bien que te alimentas.

—Mamá, de verdad, que he comido bien, y sano. Pregúntale a Luka, verás, si no me ha dejado sin comer ni un solo día. Ese hombre parecía que estaba poseído por ti.

—Adoro a ese hombre, de verdad que sí. Qué pena que le guste más un chulazo que mi niña, que ese sí que sería un buen marido y padre para vosotros.

—Mi hijo ya tiene un padre, mamá —protesté.

—Lo sé, cariño, lo sé y si él quiere estar en vuestras vidas será bien recibido por nosotros. Bastante tiene ahora mismo con lo suyo, y esa pobre madre... Me pongo en su situación y no sé cómo lo soporta, bueno, ahora ya mejor que lo tiene despierto, pero el tiempo que pasó en el limbo...

—Voy a dejar mis cosas —le di otro abrazo y un beso, y salí de la cocina.

—No la agobies, Bárbara —escuché que le pedía mi padre—. Ha pasado unas semanas de sufrimiento que para ella se quedan, porque esa hija nuestra es como tú, no cuenta nada, pero ahora está en casa, con nosotros, y hay que cuidarla. Hay que cuidarlos a los dos.

—Ya lo sé, Rafael, y me encanta que esté aquí, pero no puedo verla con esas ojeras, y esa cara tan triste. Mi niña no ha sido nunca así.

—Pero es fuerte y saldrá de esta, además, nos tiene a nosotros. Venga, no llores que, si te ve así, es capaz de volverse mañana mismo a su casa.

Sonreí porque mi padre me conocía bien, de sobra sabía que sí, que una sola lágrima de mi madre por mi situación, y me iría tal y como había venido, por sorpresa y sin avisarles.

Coloqué las cosas en mi habitación y me tumbé un rato en la cama, con las manos en el vientre y los ojos cerrados.

—¿Estás bien, pequeñín? —pregunté, como si fuera a recibir una respuesta. Me había vuelto una madre totalmente en apenas un mes— Seguro que sí, que ahí tienes que estar de lo más cómodo y calentito, ¿eh? Bueno, pues ya estamos en casa de los abuelos. Luego probarás el pastel de cumpleaños que hace la abuela, está riquísimo. Solo espero que lo toleres y no me hagas ir corriendo al cuarto de baño, que eso de que últimamente no me dejes comer lo que me gusta...

Recibí un mensaje y vi que era de Luka, preguntando si había llegado bien. Contesté que sí, le dije que le iba a echar de menos y prometí llamarlo al menos cada dos días. Si le decía cada tres me mandaba a la mierda seguro, así que mejor prevenir.

Ya que estaba con el móvil entré en el grupo de la tribu, esos ángeles del infierno me habían caído a mí del cielo, la verdad. Me dibujaban una sonrisa cada día.

Ahí estaba el *post* de Mercedes, Merceditas o Mercediñas como solían llamarla los chicos y las niñas.

Esa mujer tenía cada cosa... Es que lo soltaba todo según le venía y claro, o te reías o te reías.

Y ya estaba por ahí circulando el famoso amigo albañil de Hugo, con otra de sus creaciones. Risas y más risas, en ese rincón del *Facebook*, era un no parar.

Cotilleando por los *posts* encontré una canción de un grupo llamado Camila que había compartido Janis. Esa escritora siempre estaba escuchando música, había visto en algunos comentarios que para cualquier escena buscaba las que más la inspiraran y las tenía de fondo mientras teceleaba.

Pinché en el *link* del vídeo y...

«Todo cambió, cuando te vi.

De blanco y negro a color, me convertí.

Y fue tan fácil, quererte tanto.

Algo que no imaginaba.

Fue entregarte mi amor, con una mirada.

Ou no no no no ah.

Todo tembló, dentro de mí.

El universo escribió que fueras para mí...»

Noté que me caían las lágrimas y es que esa letra era como si hubiera sido escrita para lo que sentía en ese momento.

El amor que fue creciendo entre *Paul* y yo, sin que ninguno lo esperáramos, cómo nos cambió todo.

Me sequé las lágrimas y puse una nota en el móvil con el nombre del grupo, me había gustado, el principal vocalista cantaba de lo más bonito y sentías cada palabra de esas letras que te llegaba al alma.

Me sequé las lágrimas y entré en la galería de fotos del móvil. Ahí estaban las de *Paul*, esas que su madre me envió a escondidas de él, una vez que había despertado.

El dolor de que me dejara seguía ahí, pero el amor que sentía por él, era mucho más grande.

Yo hablaba con mi pequeñín y le contaba cosas de su padre a diario, pues igual que decían que estando en la barriguita escuchaban música si se la ponías, pues yo le hablaba del padre.

El caso es que cuando volvía a mirar esas fotos, lo hacía pensando que en cualquier momento me llamaría y me diría que me echaba de menos.

Se dice que soñar es gratis, no me quitéis la ilusión, ¿eh?

Hice caso a mi madre y me quedé un rato dormida. Cuando me levanté ya estaban con la mesa puesta y todo preparado para empezar a comer.

—¿Por qué no me habéis despertado? —pregunté dándoles un beso.

—Porque tienes que descansar, cariño. Venga, a la mesa que vamos a comer.

Volví a sentirme como en esos años de instituto en los que mi madre estaba constantemente pendiente de que comiera.

No dejaba de llenarme el plato, bien surtido de cada cosa que había cocinado.

—Bárbara, al final acabará explotando de todo lo que estás poniendo en ese plato.

—¿Cómo va a explotar? Anda, anda. Tú come y deja que yo cuide de la niña.

—La niña —dije riendo—, sabe cuidarse sola mamá, que voy a engordar y no me va a valer la ropa que he traído.

—Pues te compro más, pero come, que no comes bien, te lo digo yo.

Qué penitencia me había caído con tanto “come, que no comes bien”. En fin...

Después de recoger todo y mientras mi padre preparaba el café, yo puse las velas en el pastel y lo llevé al salón, las encendí y en cuanto mi madre entró por la puerta empecé a cantar.

Ella sonreía y se secaba las lágrimas que le caían por la emoción. Me dio un abrazo, pasó la mano por mi barriguita y me besó la frente.

Sabía que le había hecho ilusión que me presentara por sorpresa para pasar con ella su cumpleaños. Había habido algunos que al caer en fin de semana y tener trabajo no podía venir, pero esta vez... No la iba a dejar sin su niña.

El resto de la tarde la pasé colocando la ropa, leyendo en el salón y después ayudé a mi madre a preparar la cena.

Tras esa última comida del día me despedí de mis padres y me acosté, había descansado un poco por la mañana, pero estaba bastante cansada, y es que así me tenía mi pequeñín, con sueño constantemente.

Pensé en *Paul*, en si estaría bien, y es que en estas dos semanas *Mary* no me había hablado de él, me había mandado fotos, sí, pero no decía si me echaba de menos, si me recordaba, si quería volver...

Tal vez era que *Paul* no quería saber nada de mí, ni del bebé, y sus padres no habían querido decirme nada para que no me llevara un disgusto, y menos en mi estado.

Dije que aceptaría su decisión si no quería que estuviera en su vida, y así lo haría, me dolería en el alma haberle perdido y no tenerle a mi lado cada día, pero si era lo que él quería no me impondría.

Me recosté de lado y apoyé la mano en mi vientre, dándole, como cada día, las buenas noches a mi pequeñín.

—Todo va a ir bien, cariño. Aunque tu padre no nos quiera, siempre sabrás quién es y lo importante que fue para mí —dije acariciándome la barriguita.

Capítulo 6



Llevaba cinco días en casa de mis padres y me estaba sentando de maravilla. No solo que me cuidaran, sino que estuvieran dándome ese ánimo y apoyo que necesitaba en estos momentos.

Mi madre seguía haciéndome alimentándome como si fuera un pavo para Navidad al que quiere ver gordito, pero la perdonaba porque sus comidas eran las mejores del mundo y a mí me encantaban.

Además, tenía la suerte de que mi pequeñín, que ya iba camino de ser un kiwi, estaba tolerando cada comida que hacía y no salía corriendo al cuarto de baño. Solo tenía náuseas por las mañanas, pero mi madre me preparaba un té que me asentaba el estómago enseguida.

Hacía un día perfecto para ir a la playa, así que eso hice. Me despedí de mis padres y con mi bolsa fui a ver a mi amiga Marita quien, como mis padres, estaba al tanto de todo lo ocurrido. Igual que Luis.

—Buenos días, preciosa mamá —me saludó ella dándome un abrazo— ¿Cómo está este pequeñín hoy? —preguntó pasando la mano por mi barriguita aún inexistente.

—Bien, con el té de la abuela parece que se calma y no me paso el día en el baño.

—Me alegro. Te preparo un zumito y te lo llevo a la hamaca, ¿de acuerdo?

—Gracias.

—¡Ya llegó mi mami favorita! —escuché a Luis y sonreí.

—Hola, guapetón.

—Tú sí que estas guapetona, que el embarazo te ha sentado bien. Lástima que ese idiota no se dé cuenta de lo que se ha perdido y se va a perder —dijo, refiriéndose a Paul.

—Bueno, quizás algún día lo haga y, aunque sea tarde para nosotros, no lo será para que conozca a su hijo. Eso sí me gustaría que pasara.

—Venga, a tu sesión de relax.

Fui hacia la playa, me acomodé en una de las tumbonas y saqué el libro que estaba leyendo desde hacía un par de días. “*Déjame enamorarte*”, de *Dylan Martins*, uno de los autores de la tribu.

Y así me tenía la historia, enamorada, además de con algunas risas y momentos de esos que dices “me metía en el libro y le decía cuatro cosas a cierta persona”.

Marita me trajo el zumo, me dio un beso en la frente y volvió al chiringuito, dejándome sola e inmersa en mi lectura.

Así estuve, leyendo tranquilamente, hasta que al pasar la página...

—Quiero estar contigo, no me imagino una vida sin ti —escuché que decían a mi espalda, y justo estaba leyendo yo esa parte del libro—. Quiero que me dejes demostrarte lo que significas para mí —no podía ser, no podía estar escuchándole a él, leerme esas frases que tenía ante mis ojos, esas frases tan bonitas de la historia que leía, de verdad que no—. Déjame quererte —susurró en mi oído y ahí sí que no pude evitarlo y empecé a llorar.

Me giré y encontré a *Paul*, a solo unos centímetros de mi cara. Sonrió, secándose las lágrimas con ambas manos, me levanté de la tumbona al tiempo que él se ponía en pie de nuevo y me lancé a sus brazos.

Lo abracé tan fuerte como llevaba queriendo hacer desde aquella maldita noche en la que salió de mi vida.

Lloré sobre su pecho mientras nos hacíamos uno en ese instante, fundidos en un abrazo de esos que no necesitan palabras porque sabes que no hay nada que puedas decir que demuestre tanto como ese gesto.

Paul me abrazaba con fuerza, yo le rodeaba la cintura sin querer soltarlo porque aquello me parecía irreal.

—Si esto es un sueño, por favor, que no me despierte nadie —dije entre sollozos, sin abrir los ojos y sin dejar de abrazarlo.

—Estoy aquí, preciosa, estoy aquí contigo, en la playa de Puerto Rico donde una vez te encontré, y lo haría mil veces más.

Rompí a llorar aún con más fuerza mientras él, me besaba la coronilla y acariciaba mi espalda.

Estaba ahí conmigo, de verdad que estaba ahí, estrechándose entre sus brazos, cobijándose en ellos como tantas veces había hecho.

Me aparté y pude mirarlo mejor. Estaba muy delgado y visiblemente desmejorado, se le notaban los días postrado en la cama del hospital y el tiempo que había tenido que estar recuperándose del todo.

—Me alegra saber que estás bien. Verte en esa cama, con tantos cables y tubos...

—Te escuché —dijo de repente, y yo fruncí el ceño porque no sabía a qué se refería—. En el hospital, te escuché cada día. Cuando venías a verme y me hablabas, oí cada palabra. Quería contestarte, pero por más que intentaba abrir los ojos para poder ver lo preciosa que eres, no podía.

Yo seguía llorando, no dejaban de caerme lágrimas una y otra vez. Me había escuchado... sabía lo del bebé... Y estaba aquí, ¡estaba aquí, ante mí!

—El segundo día no me dijiste que me amabas —me miró fijamente a los ojos y vi tristeza en ellos—, pero te perdono, porque sentí cada beso que me diste después y esto, también —levantó la muñeca en la que le puse la pulsera que le había comprado y el llanto se hizo aún más fuerte—. Andrea, he venido para preguntarte algo que necesito saber.

Ahora era cuando llegaba el momento en que me preguntaba si estaba embarazada, seguro.

—¿El qué? —contesté, entre lágrimas.

—¿Dijiste en serio que habías soñado que te casabas conmigo? —lo preguntó sacando una cajita del bolsillo de su pantalón que abrió ante mis ojos.

Y en ella, un precioso anillo con dos diamantes en el centro de la unión del símbolo del infinito que tenía grabado.

—Sí, lo soñé —contesté y lo que hizo *Paul* fue atraerme hasta él por la cintura y besarme, un beso en el que había más amor del que jamás pude imaginar.

Se apartó, se arrodilló frente a mí y me puso el anillo para después, pegando la frente en mi barriga, hablarle a nuestro pequeñín.

—Te quiero, hijo o hija, pues todavía no sé qué vas a ser, pero te aseguro que cuando desperté y volví de ese lugar de oscuridad, saber que existías me dio las fuerzas para salir adelante y volver con tu madre.

Dejó un beso en mi barriga, se puso en pie y me dio un piquito a mí, antes de recoger mis cosas, cogirme la mano y llevarme con él. ¿Dónde? Ni lo sabía, ni me importaba, porque iría con ese hombre a cualquier parte del mundo a la que quisiera llevarme.

—¡Pedazo de hombre tienes, Andrea! —escuché gritar a Marita y empecé a reír.

—¡Que te haga feliz, o se las verá conmigo! —Ese era Luis, creí que *Paul* se giraría para mirarlo de manera asesina, pero no, hizo algo que no esperaba para nada.

—¡Luis, te aseguro que voy a dedicar cada día de mi vida a que lo sea!

Me giré y comprobé que Marita lloraba y Luis me levantó los dos pulgares en señal de que estaba contento por mí.

Paul me pidió las llaves del coche de mis padres, se las di, nos subimos a él y fuimos a mi casa. ¡A mi casa! Lo miré sin comprender una vez que paró en la puerta, pero él se limitó a bajar del coche y ayudarme a salir.

Decidido iba él hasta la puerta, llamó al timbre y ahí estaban mis padres, los dos, que ni sorprendidos de vernos ni nada, le dieron un abrazo a *Paul*, como si le hubieran visto mil veces.

—¿Está pasando algo que yo no sepa? —pregunté entrando en casa.

—Hablé con tus padres para avisarlos de que llegaba hoy a buscarte. Que les dije que te quiero, que eres la mujer de mi vida y que no pensaba dejarte jamás, ni perder la oportunidad de ver crecer a nuestro hijo.

—O hija, que igual tengo aquí una linda puertorriqueña —le dije con la mano en el vientre.

—Ya sois mi vida, mi mundo, lo eras antes, pero ahora muchísimo más.

—Venga, al salón que pongo la comida —dijo mi madre.

Nos sentamos a la mesa y *Paul* estuvo todo el tiempo pendiente de mí, cogiéndome la mano, besándola, abrazándome, y mis padres encantados.

Habían estado hablando con él a mis espaldas, los pocos días que me había ido a la playa.

—Vaya unos conspiradores —les dije cuando estábamos tomando el café, bueno yo no, yo un té de esos que me hacía mi madre.

—Como para no conspirar, cariño. Si este hombre me llamó con la voz rota de dolor.

—Pero, no lo entiendo. ¿Quieres estar conmigo solo por el bebé? —pregunté, me daba igual que estuvieran mis padres delante.

—No, quiero estar contigo porque te amo, preciosa. Sé lo que pasó con *James*, me lo contó mi madre. Fui un imbécil.

—Bueno, entonces ya somos dos. Yo fui la primera en pensar lo que no era cuando saltó la noticia de tu hermana, esa de la cual desconocía la existencia.

—Venga, chicos, lo pasado, pasado queda. Ahora el presente y... el futuro —dijo mi madre mirando el anillo en mi mano, mientras sonreí y levantaba las cejas.

—Cierto, por eso he querido venir aquí. Rafael, Bárbara... ¿Me concederíais la mano de vuestra hija, si ella acepta casarse conmigo?

Miré a *Paul* con los ojos tan abiertos, que creí que se me saldrían. ¿Acababa de preguntar lo que había escuchado?

—Si ella te acepta como marido, serás bien recibido en esta casa como hijo —contestó mi padre.

Paul se arrodilló delante de mí, me cogió la mano del anillo y tras besarlo, me miró fijamente.

—Andrea, te quiero, vamos a ser padres y me harías el hombre más feliz del mundo si aceptaras

ser mi esposa. Dime, preciosa, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, claro que sí. Me casaría contigo ahora y siempre.

Rodeé su cuello, él me cogió por la cintura y me abrazó levantándose de la silla. Me besó el cuello y sentí que una lágrima mojaba esa parte de mi cuerpo.

Me aparté y sosteniéndole el rostro con ambas manos, lo miré fijamente mientras le secaba los ojos.

—Te quiero, preciosa —me dijo con los ojos vidriosos.

—Y yo a ti, amor mío.

—Y, ¿cuándo os gustaría casaros? —preguntó mi madre.

—Cuando antes, este mismo verano, en uno o dos meses. ¿Qué te parece, preciosa? —contestó *Paul*.

—La mejor idea del mundo, de verdad. Cuanto antes mejor. Así podré lucir un vestido bonito y no pareceré una vaquita.

—Cariño, si te casas con barriguita tampoco me va a importar. Estarás preciosa de cualquier manera —*Paul* me besó la frente y me pasó el brazo por los hombros para pegarme a él.

Mi madre estaba de lo más emocionada, ya había empezado a organizarme la boda y mi padre deseando llevarme al altar. Claro, es que su única hija no se iba a casar todos los días.

—¿Volveréis pronto a *New York*? —preguntó mi madre.

—No, quiero quedarme unos días aquí, lejos del bullicio de la ciudad —contestó *Paul*.

—Eso está bien. Os quedáis aquí, ¿verdad?

—¡Mamá! —la regañé— No hay habitación para *Paul*.

—Hija, por Dios, que estás embarazada. ¿Ahora me vas a decir que no puedes dormir con él, en tu habitación?

Mi padre y *Paul* empezaron a reírse, pero a carcajadas, y yo... pues también. Acababa de hablar como una chiquilla de quince años.

—Tengo una habitación en el hotel, el mismo en el que me quedé la otra vez —me dijo—. Así que, nos iremos allí, pero vendremos a comer, prometido, Bárbara.

—Mira qué yerno más apañado tenemos, Rafael.

—Ya lo veo, ya.

—Voy a recoger mis cosas —dijo dándole un beso a *Paul*.

Fui a mi habitación y poco después llegó mi madre que, sin decir una sola palabra, me abrazó y las dos empezamos a llorar.

Un poco más tranquilas y sentadas en la cama, nos miramos y reímos.

—Vaya dos taradas, hija mía —dijo

—A ver, que la que llora o ríe por culpa de las hormonas soy yo. Tú, ¿qué excusa tienes?

—Que estoy feliz, cariño —me acarició las mejillas para secarme las lágrimas—. Ese hombre te quiere de verdad, si no fuera así, no habría venido a buscarte, dos veces.

—Lo sé, mamá.

—Solo quiero que seas feliz y sé que, con él, vas a serlo. Venga, vamos a preparar tus cosas.

Con ayuda de mi madre tenía todo recogido en apenas media hora, así que volvimos al salón y, tras despedirme de mis padres, salimos al taxi que nos esperaba en la puerta, ese que *Paul* había pedido mientras yo organizaba mis cosas.

En cuanto llegamos al hotel y dejó mi equipaje a un lado, me cogió en brazos y fue hasta la cama, donde se sentó apoyado en el cabecero conmigo en su regazo.

—Cuando volvamos a *New York*, te vienes a vivir conmigo —dijo y me besó en la frente.

—¿Seguro? Podemos esperar a después de...

—No, no vamos a esperar, así que, ve llamando a Luka, que te organice la mudanza, que se las ingenie como sea, pero que vaya metiendo cosas en cajas que, el día que aterricemos, coges ropa y te vienes conmigo al apartamento.

—Vale, vale, ahora mismo lo llamo.

—No, mujer, ahora no, luego. Ahora, vamos a hacer otras cosas... —murmuró mientras metía la mano por mi camiseta y subía hasta alcanzarme un pezón.

—*Paul*... —protesté mirándolo, pero, con esa sonrisa de medio lado, me daba a entender que ni protestas ni leches.

Y es que, esas semanas que estuvimos separados, nos habían tenido a los dos acumulando esas ganas de besarnos, tocarnos y sentirnos.

Así acabamos, pasando la tarde entregados el uno al otro bajo las sábanas.

Capítulo 7



Noté besos en mi barriga, abrí los ojos y me encontré a *Paul*, susurrando mientras la acariciaba.

—La abuela me dijo que los primeros días mamá estuvo bastante revuelta, que la hacías vomitar constantemente. No sabes cuánto siento no haber estado con vosotros, pero te vi, pequeñín, te vi en esa primera ecografía que te hicieron. Hasta que tenga una foto tuya, esa es la que llevo conmigo en la cartera.

Escucharle decir eso, hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. *Paul* no se había dado cuenta de que le observaba, y no quise interrumpirle. Me parecía muy tierno que estuviera hablando con nuestro hijo de esa forma.

—Sé que mamá te quiere desde que supo que estabas ahí dentro, y puedes estar seguro que yo también. Cuando estaba en ese lugar oscuro y ella me dijo que tenía que conocer a la judía que llevaba en la barriga, por un momento no la entendí, pero cuando lo hice... Cuando supe que el amor que sentía por ella, había hecho que tú fueras parte de nosotros, entendí que tenía que luchar por salir de ese lugar.

Me estaba costando la misma vida no romper a llorar a gritos, controlarme y no moverme para que no se diera cuenta que estaba despierta, pero las lágrimas se deslizaban por mis mejillas como si de ríos se trataran.

—Notaba cuando me tocaba y muchas veces intenté moverme, pero el cuerpo no me respondía. Yo solo gritaba su nombre, la llamaba y le decía que la estaba oyendo, que la quería, que te quería, pero ella no me escuchaba. Si hasta me regañaba porque no la contestaba, diciendo que estaba ahí haciendo monólogos...

Sonreí, cerré los ojos y recordé ese día. Era cierto que me había escuchado, y él recordaba todo tan bien como yo.

—Pero ya estoy aquí, con vosotros, y no pienso marcharme nunca —giró la cabeza y me habló a mí, mirándome directamente a los ojos—. En la vida, preciosa. No me voy a marchar de vuestro lado, en la vida.

No pude más y lloré tapándome la cara con ambas manos, *Paul* se acercó, besó mi frente y me abrazó fuerte.

—No llores, que eso no es bueno para el bebé —me pidió.

—Lo sé. Ya paro, de verdad —me sequé las mejillas y lo besé—. Buenos días, papá.

—Buenos días, mamá —sonrió y me abrazó con fuerza—. Ve a darte una ducha mientras pido el desayuno, después cogemos el coche y nos vamos.

—¿Dónde?

—A San Juan, vamos a pasar allí dos días. Después iremos a Isabela otros dos y volvemos aquí para estar con tus padres.

—¿Te he dicho que te quiero?

—No, hoy todavía no.

—Te quiero, *Paul*.

—No más de lo que yo te quiero a ti, preciosa.

Fui a la ducha y me quedé un buen rato bajo el agua, pensando en cada día de esas dos semanas que iba al hospital a ver a *Paul*, le hablaba y pedía que se despertara. Que luchara por su hijo, y eso es lo que él intentaba. Ahora entendía que el día que noté su mano intentando apretarme, era porque quería hablarme.

Nunca pregunté cómo había sido el accidente, quería saberlo, pero me parecía precipitado hablar de eso con él, así que mejor esperar.

Cuando salí ya estaba el desayuno en la mesa y *Paul* sentado, me cogió por la cintura haciendo que me colocara sobre sus piernas y empezamos a desayunar.

Me había pedido un vaso de leche con cacao, además de zumo, tostadas y un poco de fruta.

Acabamos, recogimos lo poco que habíamos sacado de nuestro equipaje y bajamos para dejar el hotel.

Emprendimos el viaje hasta San Juan, que no nos llevaría mucho tiempo, *Paul* no dejó de cogerme la mano, besarla, apretarme la rodilla y dedicarme miradas y sonrisas.

Aproveché para mandarle un mensaje a Luka y decirle que *Paul* había venido a buscarme, que íbamos a pasar unos días juntos aquí y cuando regresáramos me mudaba con él.

No tardó en llamarme, y yo reí al ver su nombre.

—¡Aaahhh! ¡No me lo puedo creer! ¿En serio el morenazo ese ha vuelto a ir a buscarte? — preguntó, bueno, más bien gritó todo el tiempo.

—Sí —contesté riendo—. Vamos ahora en el coche, camino a San Juan.

—¡Ole! Unas mini vacaciones, me alegro, amor, de verdad que sí.

—Luka, eso no es todo —dije, miré a *Paul* y vi que sonreía mientras negaba con la cabeza.

—A ver, dime, cuéntame más chismes, soy todo oídos, pero espera, que me voy a poner un cafecito mientras cotilleamos.

Me reí, porque de verdad que me imaginaba a Luka poniéndose el café y sentándose el sofá esperando el chisme.

—Listo, ya puedes contarme.

—Me caso.

—¡Puuufff! —Escuché que el ruido que hizo al escupir el sorbo de café que había dado— ¡¿Qué has dicho?!

—Que me caso —repetí sonriendo.

—¡Y lo dices así, tan tranquila, sin un poquito de delicadeza ni ponerme sobre aviso antes! ¿Te parece normal? Joder, ¡cómo he puesto la mesa y el suelo de café! Chochona, estas cosas se avisan.

—Tú has querido saber, yo te he informado.

—¡La madre que te parió! Bueno, y qué tiempo tenemos para preparar el vestido. Al menos seis... no, siete meses, porque os casaréis cuando nazca la judía. Sigue siendo una judía, ¿verdad? Aún no tiene tamaño kiwi.

—No, todavía no es un kiwi —puse los ojos en blanco—. Y en cuanto al tiempo... nos casamos en uno o dos meses.

—Pero, ¿es que te has propuesto que me dé infarto? Soy joven para morir, pedazo de cabrona. Si es que veo que cualquier día me pasa como al pobre *Stich* en el *gif*, y la espicho.

—Sigues siendo un exagerado.

—Sí, lo que tú digas, pero no me dais margen para trabajar. A ver, ¿cuándo coño se supone que

volvéis a *New York*, querida? Porque como me digas que te haga el vestido recordando tu silueta de memoria...

—Te recuerdo yo a ti que tienes en mi apartamento, del que, ¡oh, vaya! tienes llaves, un precioso y exclusivo vestido que hiciste para mí. Puedes usar ese patrón.

—A ver, chochona de mi corazón. ¿Recuerdas que estás embarazada? Sí, la judía que está creciendo para ser un kiwi dentro de poco y en unos meses convertirse en un precioso bebé que nacerá para no dejarte dormir por las noches.

—Sí, lo recuerdo, he sido yo la que ha sufrido de náuseas matutinas.

—Pues hija, que no se te nota la barriguita todavía, pero a ver, que las bubis te han crecido un poco, la cintura también y al menos un kilito has cogido. Resumiendo, ¡que vuelvas pronto, coño, que tengo que cogerte medidas! —dijo.

—Pues en una semana más o menos —miré a *Paul*, que asintió y me guiñó el ojo.

—Una semana, ok, está bien. No es que vayamos a tener la hostia de tiempo para hacerlo, pero... vale, se puede. Bueno, voy a limpiar el estropicio que he formado aquí por tu culpa. Disfruta de tu pollatrón, y ya sabes, protección, chochona, un gorrito para el amiguito. ¡Ah, no! Que ya vamos tarde para eso...

Solté una carcajada porque era como si le viera poner los ojos en blanco. Me despedí de él y me dijo que iba a ir buscando las mejores telas para hacerme el vestido, algo bonito, elegante, digno de una princesa y que además fuera cómodo.

—Total, paga el papaíto así que, lo mejor para mi chochona y que se aguante, por dejarte de esa manera y pegarnos ese susto —dijo.

Colgué sin dejar de sonreír. Mi amigo estaba más loco que una cabra, que me encantaba que fuera así. No cambiaba a mi pichilla loca por nada ni por nadie del mundo.

—¿Todo bien? —preguntó *Paul*.

—Sí, perfectamente. Casi le da un ataque cuando le dije el tiempo que teníamos para preparar la boda y demás, pero bien.

Llegamos al hotel de San Juan poco después, dejamos el coche en el *parking* y fuimos a recepción para registrarnos. *Paul* había hecho la reserva antes de llegar a Puerto Rico, vamos, que me daba a mí que se había jugado todo al sí, para reservar no solo aquí, sino también en Isabela.

Subimos con el chico hasta la *suite*, *Paul* le dio una propina y cuando nos quedamos solos guardamos las cosas.

La estancia era preciosa, paredes en color crema, muebles blancos, suelos de madera y amplios ventanales que daban a una terraza desde la que podíamos contemplar el mar.

Salí fuera y respiré hondo, cerrando los ojos, dejando que la leve brisa me acariciara el rostro.

—¿Te gusta? —*Paul* se pegó a mi espalda dejando una mano sobre mi vientre, demostrando así que era protector no solo conmigo, sino también con nuestro hijo.

—Me encanta —contesté echándome hacia atrás y apoyando la cabeza en su pecho.

Nos quedamos ahí, en silencio, mirando hacia el horizonte, unos minutos, hasta que me besó la coronilla, cogió mi mano y volvimos a entrar.

—Vamos a pasear y comemos fuera. ¿Te apetece? —preguntó.

—Claro —sonreí.

Paseamos por las calles de la zona conocida como el Viejo San Juan, con esos edificios tan coloridos y que llenaban de vida y alegría cada rincón.

Nos adentramos en la Plaza de Armas, donde puertorriqueños y turistas se entremezclaban

dando una vida increíble.

Comimos en un bar de la zona y después fuimos a una cafetería, donde nos sentamos a disfrutar de la belleza del lugar en una de las mesas de la terraza.

Continuamos con el paseo un rato, hasta que me noté algo cansada y regresamos al hotel.

Me tumbé en la cama mientras *Paul* llamaba a recepción para pedir que nos trajeran la cena a una hora en concreto y apenas tardé en quedarme dormida.

El olor del pescado asado me despertó. No sabía qué hora era, miré el teléfono y había dormido tres horas que me supieron a gloria. Qué cómoda era la jodida cama, por favor.

—¿Ya despertó mi bella princesa? —preguntó *Paul* sentándose en la cama y dándome un beso.

—Sí, y con hambre, además —admití.

—Pues venga, a la mesa.

Sí que tenía hambre, sí. Desde unos días después de enterarme que estaba embarazada, comía mucho más.

El pescado estaba riquísimo, y las patatas que lo acompañaban también. De postre *Paul* me había pedido un trozo de pastel de queso, que era un pecado para el paladar.

Tras la cena *Paul* me cogió de la mano, me llevó al centro de la sala y puso música.

El sonido de una guitarra acompañada de violines y un piano, resonó a nuestro alrededor, y, de repente, se oyó una voz que me sonaba y había escuchado bastante últimamente, la de Mario Domm, vocalista del grupo *Camila*, aunque ya se habían separado hacía tiempo y cada uno siguió su camino.

«Prometí quererte para siempre, y era cierto que no había dudas en mi mente.

Si el destino tuvo planes diferentes y te herí por accidente.

Perdón...»

Cerré los ojos y dejé que Ricky Martin, que en esta versión de la canción cantaba con Mario, guiara los pasos que *Paul* y yo íbamos dando.

Nos mecíamos despacio, yo con la mejilla apoyada en su pecho, una mano sobre su hombro y la otra entre la suya, también sobre el pecho, mientras con la otra mano él, me rodeaba la cintura.

«Maldigo el episodio.

Lo peor es que yo fui quien lo escribió...»

Cantaba Ricky, y con esa letra entendí que me estaba pidiendo perdón por el día en que me alejé de él, después de ver lo que en realidad no pasó.

—*Ya sé que es cobarde pedirte en una canción, perdón* —susurró en mi oído al tiempo que lo cantaban Mari y Ricky.

No pude evitar llorar y abrazarme fuerte a él. *Paul* me cogió la barbilla con dos dedos, cruzamos la mirada, se inclinó y nos besamos.

Levantándome al aire por la cintura, me llevó hasta la cama, donde me recostó y siguió besándome mientras iba desnudándose, poco a poco.

Se desnudó, abrió mis piernas y empezó a tocarme de esa forma que solo él sabía mientras mordisqueaba, besaba y jugueteaba con mis pezones.

Me humedeció por completo, llevándome a la locura con esos dedos ágiles, juguetones y expertos que entraban y salían de mí, una y otra vez.

Me corrí y ni siquiera me dejó recomponerme. Entró en mi interior de una sola vez mientras me besaba y mordisqueaba el labio.

Nos movíamos al unísono, él entrando y yo yendo a su encuentro.

Le rodeé el cuello con ambos brazos, arqueé la espalda y dejé que el orgasmo me alcanzara de nuevo, mientras a él le llegaba también el suyo y, por primera vez en tanto tiempo, no salió de mí.

Caímos en la cama abrazados, jadeantes, saciados y sonriendo. Nos besamos y acomodamos hasta que, poco después, nos quedamos dormidos.

Capítulo 8



Desperté sola en la cama de aquel hotel de Isabela.

Era el segundo día que estábamos allí y ya regresábamos para pasar un día en casa de mis padres.

El día anterior lo pasamos en la playa privada del hotel, tomando el sol en unas tumbonas que eran como camas, de lo más cómodas, bajo una palmera, bebiendo zumos, disfrutando de un buen chapuzón y, lo mejor de todo, los dos juntos.

Paul se desvivía en atenciones, siempre preocupado porque estuviera bien, que no me encontrara incómoda o revuelta por el embarazo.

Con el paso de los días él iba cogiendo mejor color de cara, además de que, poco a poco, recuperaba ese peso que había perdido.

Verle así, despierto, feliz, entre los vivos, y saludable, era todo un regalo para mí.

Salí de la habitación para ir a buscarlo y lo encontré sentado en la terraza de la *suite* hablando por teléfono. Sonreí, me acerque y casi me caigo de culo al escuchar de lo que hablaba.

—Sí, *Catherine*, ya estoy bien, en serio —rió un poco—. Lo imagino, mis padres estaban desesperados. ¿Andrea? Ella... bueno, la verdad es que no estábamos juntos ya cuando —Se quedó callado unos instantes, hasta que volvió a hablar— ¡Eh, tranquila! A ver, deja que te explique, ¿quieres? Soy un poco gilipollas —entonces volvió a reír—. Vale, un poco muy gilipollas. El caso es que una noche la vi besándose con —otra vez silencio— ¿Vas a seguir interrumpiéndome? Vale, pues calla. Creí verla besándose con otro, salí del local en el que me tenía que esperar y me marché a casa. Empaqueté sus cosas y al día siguiente se las mandé a su apartamento, no quería saber nada de ella, se había besado con otro tío, sentí que jugaba conmigo después de haber ido a buscarla a Puerto Rico.

No me podía creer que fuera a hablar con su hermana del día que tuvo el accidente. Guardé silencio y seguí escuchando.

—El caso es que hacía días que no la veía, ni siquiera atendía sus llamadas en mi oficina, la había bloqueado de todo, no quería volver a verla en mi vida, pero esa noche, iba en el coche y me di cuenta de que había acabado en su calle por inercia, como si mi subconsciente quisiera ir a buscarla. Cuando vi su edificio me maldije. Estaba escuchando música, una melodía que a ella le había gustado, y al pensar en todo colapsé y acabé llorando —silencio, y entonces otra risa—. Sí, el tío duro, fuerte y gilipollas de tu hermano mayor lloró como un niño pequeño esa noche, solo porque se había dado cuenta que finalmente estaba perdiendo a la mujer a la que amaba. Perdí el control del coche, di un par de vueltas y acabé en la jodida cuneta. No sé el tiempo que tardaron en encontrarme porque no quise ni preguntar eso cuando desperté del coma. Solo quería buscar a Andrea, quería encontrar a la mujer que me ha dado el mayor regalo del mundo, a nuestro hijo.

Empecé a llorar en silencio, me dejé caer de rodillas al suelo con una mano en el vientre y otra

tapándome la boca.

Paul había tenido ese accidente por mi culpa. Yo era la culpable de que se hubiera pasado dos semanas en coma, en la cama de un hospital.

Le miraba y no podía creer que estuviera ahí, que hubiera ido a buscarme después de eso. ¡Casi muere por mi culpa!

Cuando colgó y se levantó de la silla, mis ojos se encontraron con los suyos al girarse vi miedo.

—¡Andrea! —gritó, corrió y se arrodilló frente a mí— ¿Qué pasa? ¿Es el bebé?

—Es culpa mía —dije.

—¿El qué es culpa tuya, mi vida? Por Dios, ¿qué te pasa?

—Tu accidente, fue culpa mía. Estuviste ahí... —no pude seguir hablando, estaba rota de dolor.

Lloré aún más fuerte agarrándome el vientre mientras *Paul* me abrazaba.

—Por favor, cariño, para. No llores, no es bueno para el bebé —me pedía, pero yo no podía dejar de llorar.

Me empezaba a faltar el aire, no podía casi ni respirar, sentía una presión en el pecho por ese dolor. Esa maldita noche volverá a mí el resto de mi vida.

—Andrea, respira, por favor cariño. Mírame —*Paul* me cogió las mejillas con ambas manos, obligándome a mirarlo, pero no podía, no soportaría que él me mirara a mí—. Mi vida, por favor.

La súplica en su voz y que noté que en breve sería él quien empezara a llorar, me hizo abrir los ojos y mirarlo.

—¿Te estás culpando de mi accidente? —preguntó, y yo asentí— Nunca, ¿me oyes? Nunca vuelvas a hacerlo. No fue culpa tuya, mi vida, de verdad que no. Fue mía, por no haberme parado cuando no veía por las lágrimas. Soy el único culpable, ¿de acuerdo?

—No, si no hubiera salido esa noche, si no me hubiera chocado con *James*...

—Y si yo no hubiera sido tan idiota de marcharme, si me hubiera esperado a que me explicaras lo que había pasado, no estaríamos así. Es más, fuiste tú la primera en alejarte de mí cuando saltó lo del embarazo de mi hermana.

—No sabía que era tu hermana.

—Exacto.

—Empate —dije secándome las mejillas.

—¿Empate?

—Sí, empate. Primero fui yo con lo de tu hermana, y después tú con lo de *James*.

Paul, empezó a reírse y me abrazó besándome la frente. Nos levantamos y fuimos a la terraza donde estaba preparado el desayuno.

Me iba tranquilizando, poco a poco, y *Paul* estaba todo el tiempo pendiente de mí. Me sentó en su regazo y no dejaba de besarme el hombro mientras desayunábamos.

—¿Más tranquila? —preguntó rodeándome la cintura con un brazo y dejando la otra mano sobre mi vientre.

—Sí.

—No quiero que vuelvas a culparte, ¿de acuerdo? Ese accidente tenía que ocurrir, solo que no era mi día de marcharme aún.

—Y espero que tardes mucho tiempo en marcharte —dije girándome y señalándole con el dedo.

—Tranquila, que tengo planeada una larga vida junto a mi esposa y nuestros hijos.

—¿Hijos?

—Ajá.

—¿Cuántos? —pregunté cogiéndole el rostro.

—Los que vengan, quiero una gran familia.

—Bueno, a ver, vamos a poner un término medio, ¿eh? Que no quiero pasarme la vida en el paritorio —*Paul* empezó a reír y me besó.

—Mínimo tres.

—Vale, es un número bastante aceptable. Máximo cuatro —contesté.

—Hay trato, futura esposa —me volvió a besar, fuimos a ducharnos y después a preparar el equipaje.

Acababan nuestras mini vacaciones y volvíamos a casa de mis padres, así que tocaba hacerse a la idea de que en pocos días estaríamos de regreso a *New York*.

Con todo listo, dejamos el hotel y cogimos el coche para emprender el viaje.

Íbamos escuchando música cuando lo llamaron por teléfono, era su madre.

—Dime, mamá.

—Hijo, ¿cómo estás? No sé nada de ti desde que te marchaste.

—Bien, bien, todo bien, de verdad.

—¿En serio? ¿Está Andrea...?

—Estoy aquí, *Mary* —dije, pues estábamos hablando por el manos libres del coche.

—¡Ay, hija! ¿Cómo estás? ¿Y mi nieto?

—Muy bien, *Paul* nos ha cuidado de maravilla estos días.

—Entonces, ¿volvéis juntos a casa?

—Sí, mamá. Andrea ya es mi prometida.

—¡Ay qué alegría me acabas de dar! ¡*Paul*! —gritó llamando a mi suegro— ¡Que se casan! ¡Andrea le ha dicho que sí!

Sonreí y *Paul* me cogió la mano para besarla.

—¿Hijo? —Ese era su padre.

—Dime.

—Me alegro por ti, de verdad.

—Gracias, papá. Ya solo me falta una cosa por conseguir.

—Eso va a ser más complicado, ya lo sabes —contestó *Mary*.

—Mamá...

—Ya hablaremos, ya hablaremos. Ahora, volved pronto que quiero abrazar a Andrea y tocarle la barriguita.

—Aún no se me nota nada —reí.

—Da igual, ahí está mi nieto y lo voy a achuchar, aunque no se le vea todavía.

—Que tengáis buen viaje de vuelta, hijo —le dijo su padre antes de despedirse.

—¿Qué te falta conseguir? —le pregunté cuando colgó.

—Que acepten conocer a mi hermana *Catherine*. Les dije la verdad, que lo sabía todo. Bueno, *Nicole* también estuvo conmigo. Les contamos lo que había y siguen sin querer conocerla.

—Qué pena, con lo buena chica que es. Y la niña, *Isabella* es para comérsela. Tus padres estarían locos de contentos con ella, como tú.

—Lo sé, pero me está costando que lo acepten.

—Bueno, ya haremos que cedan, tranquilo.

—¿Qué está maquinando esa cabecita tuya?

—Nada, nada. Conduce, que quiero ver a mis padres —puse cara de buena, sonreí y me encogí

de hombros.

—Miedo me das...

Cuando al fin llegamos a casa de mis padres, nos recibieron con besos y abrazos como si hiciera meses que no nos veían.

Dejamos nuestras cosas en mi habitación y nos sentamos a comer.

Estaban encantados con tenernos allí, incluso insistieron en que nos quedáramos unos días más, pero debíamos volver al día siguiente pues teníamos que organizar la boda.

Pasamos el día viendo fotos de cuando era pequeña, y *Paul* se quedó con alguna que quería tener en su casa. Mi madre encantada, claro, y casi le monta un álbum completo con fotos mías de todas las edades.

Me daba pena dejar a mis padres, no quería separarme de ellos, pero era lo que tocaba.

Tras la cena nos fuimos a la cama, estaba algo cansada entre las horas de coche y el embarazo, así que lo mejor era descansar y reponer fuerzas.

A la mañana siguiente desayunamos y nos despedimos de mis padres, con la promesa de que nos veríamos pronto, puesto que no iban a faltar a mi boda.

Fuimos al aeropuerto, dejamos el coche que había alquilado *Paul* para esos días y tras facturar y hacer todos los trámites, subimos al avión.

—En cuanto lleguemos, empezará tu nueva vida —me dijo *Paul*, cogiéndome la mano.

—Eso parece, dejo de ser una mujer soltera para prepararme para ser una mujer casada.

—Y lo más importante, para vivir conmigo.

—Sí, sí, pero bueno, eso está hecho, que hemos comprobado que la convivencia nos va bien. Ya pasamos algún tiempo juntos.

—¿Te he dicho que te quiero?

—Hoy todavía no.

—Te quiero, Andrea.

Me besó y nos preparamos para el despegue. Volvía al que se había convertido en mi hogar durante los últimos años.

Y lo hacía al lado del hombre al que amaba, del padre de mi hijo y de mi futuro marido.

Capítulo 9



Tras aterrizar en *New York* cogimos las maletas y fuimos directos a ver sus padres, allí estaba su hermana, todos nos recibieron con abrazos y emoción, hasta a su padre se le saltaron las lágrimas al vernos.

—No sabes lo feliz que me hace ver que estáis juntos, hija —me dijo *Mary*.

—Mi hermano es que es un poco cabezón, pero cuando entra en razón...

—Tu hermano, aquí presente —se quejó *Paul*—, despertó sabiendo que tenía que esforzarse en recuperarse pronto para poder ir a buscar a esta mujer —me abrazó por detrás y dejó un beso en mi mejilla—. No iba a quedarme sin ella y sin mi hijo.

—Si es que en el fondo eres un amor, hermanito —*Nicole* nos abrazó a los dos y fuimos al salón.

Nos preguntaron si ya teníamos fecha para la boda y dónde habíamos pensado celebrarla. Antes de que yo pudiera hablar, *Paul* se adelantó y les dijo que de todo lo relacionado con la boda se encargaba él, que yo no tenía que agobiarme mucho porque no era bueno para el bebé.

Aprovechando el tema del bebé, saqué mi móvil para enseñarle algo a los padres de *Paul*, que quería que vieran.

—¿Habéis visto qué niña más preciosa? —dije, y *Paul* me miró con una cara de no creer lo que estaba haciendo, que era todo un poema.

—¡Ay, pero qué cosita! —contestó *Mary*— ¿Es de alguna amiga tuya?

—Ajá, sí, de una amiga a la que conocí hace poco. Vive en París, y no la puedo ver tanto como me gustaría, pero espero que pueda venir para mi boda.

—Claro hija, si es amiga tuya tiene que estar ahí.

—Me alegra que opines así, suegra, porque mi amiga es la hermana de tus hijos.

Paul cerró los ojos mientras negaba, *Nicole* no sabía dónde meterse, mi suegro se quedó boquiabierto mirando la foto en el móvil que tenía en las manos y *Mary*...

—¿Esa niña es la hija de...?

—Sí, mamá. Esa es Isabella, la hija de *Catherine*.

—Suegro, ¿no te has fijado en un pequeño detalle de esa niña? —le pregunté, y él me miró y poco después sonrió.

—¿Qué detalle? ¿A qué te refieres? —me preguntó *Mary*— Cariño, ¿de qué habla Andrea?

—*Mary*, esta niña tiene mis ojos y el hoyito de mi barbilla —contestó mi suegro.

Ella le cogió el teléfono de las manos y miró bien la foto, después a su marido, otra vez la foto y, cuando me miró a mí, le quitó el teléfono y les enseñó una imagen en la que estaban madre e hija juntas.

—Esa es *Catherine*, que también tiene tu hoyito en la barbilla.

Mire a mi prometido que sonreía y me dio las gracias con un leve asentimiento de cabeza.

Nicole tenía los ojos vidriosos y trataba de no llorar.

—¿Y dices que vendrán a la boda? —preguntó mi suegra.

—Me gustaría que estuvieran, mamá —contestó *Paul*.

—Bueno, podemos conocerlas —dijo ella—. Al fin y al cabo...

—*Catherine* no tiene la culpa de nada, mamá, como tampoco la tenemos *Nicole* o yo.

—Lo sé, hijo, lo sé.

Mary se levantó, disculpándose, y fue hacia la cocina para seguir preparando la comida. Me puse en pie, quería ir a ver cómo estaba, pero mi suegro me pidió que no lo hiciera. Asentí y volví a sentarme con *Paul*.

Le había visto la cara a *Mary*, esos ojos no podían mentir. Quería conocerlas, así que sabía que al final esas dos parisinas entrarían por completo en nuestra familia.

Comimos con ellos y luego nos fuimos hacia mi casa, ya que necesitaba coger más ropa y algunas cosas, así que aprovecharíamos y dormiríamos allí en el apartamento, al día siguiente nos iríamos a la casa.

—Buenas noches —saludó *James* un poco cortado.

—¡Corre ahora que puedes! —le grité bromeando, pero al ver a *Paul* reír y que le daba la mano, entendió mi broma.

—Me alegro de que estés bien —dijo *James* con una sonrisa y contento de verme junto a él.

—Gracias — le contestó *Paul*, también sonriendo y seguimos hacia el ascensor.

—Bien, te has comportado como un hombre civilizado, me alegro —bromeé una vez nos quedamos solos.

—¿Qué pensabas que iba a hacer? ¿Darle un puñetazo? —preguntó.

—Pues no me habría extrañado, que, según tus ojos, besó a tu chica.

—Claro, y según la prensa, yo esperaba un hijo.

—Empate —le saqué la lengua y él sonrió.

Llamamos a la puerta de *Luka* y al abrir y ver a *Paul*, se tiró encima de él abrazándolo.

—¡Hijo de mi vida!, que me has hecho dar más vueltas al hospital en dos semanas, que en toda mi vida —le soltó causándole una risa.

—Lo siento.

—Nada, ahora me invitáis a pizzas y os perdono.

—Eso está hecho —contestó *Paul*.

—¡Ah! y os digo una cosa —salió para entrar en mi apartamento con nosotros—. A esta la necesito en mi taller en dos días para comenzar las pruebas de vestido, que es todo muy precipitado.

Nos hizo reír, entramos y llamé para pedir las pizzas, nos sentamos en el salón charlando y a *Luka* se le veía feliz con eso de la boda, nos estaba hasta poniendo nerviosos.

—A ver, hermanos ya sé que no tienes, que me lo ha dicho la chochona, pero, ¿algún primo? —preguntó *Luka* y *Paul* soltó una carcajada.

—No, primos tampoco.

—¡Vaya por Dios! Bueno, me vale un amigo, un socio, no sé... ¿Un cliente al que le hayas vendido algún coche? Chico, pon de tu parte que no me puedo quedar soltero toda la vida. Se me está pasando el arroz —soltó haciendo que yo escupiera el refresco que estaba bebiendo— ¡Ole mi niña! Mira cómo has puesto todo, hija. Voy a por papel y la fregona porque...

Cuando *Luka* desapareció por el pasillo para ir a por la fregona, *Paul* me miró arqueando una

ceja.

—Tranquilo, está de broma. Lo último que supe es que había quedado... Bueno, en realidad quedó con un chico, pero fue el día que nos enteramos de tu accidente, y al final no fue a la cita. Creo que no hubo cita al final.

—No, no la ha habido aún —escuché a Luka entrando de nuevo al salón.

—¿Y eso?

—Pues que, si no es él, quien está muy liado, soy yo. No sé, tal vez el rubio y yo no debamos vernos. Yo no le he vuelto a llamar ni a escribir, si él quiere hacerlo, o buscarme alguna vez, que lo haga, pero no me voy a comer la cabeza por él. Digo yo que si le interesas a una persona hace lo posible por, al menos, saber de ti escribiéndote, ¿no?

Sonreí con tristeza porque la verdad es que mi amigo no había tenido mucha suerte en el amor, pero estaba convencida de que ese chulazo que él quería encontrar, aparecería tarde o temprano.

Después de cenar, mi pichilla loca se marchó dándole otro abrazo a *Paul*, me hizo mucha gracia, pero es que el pobre lo había vivido todo a mi lado.

Nos dimos una ducha y nos fuimos a la cama, el día había sido largo.

Paul me abrazó echándome sobre él y yo suspiré de felicidad, lo tenía a mi lado y aún no me lo creía.

—Tengo ya pensado y hablado dónde será la boda —me hizo un guiño.

—¿Ya?

—Ajá, comienza la cuenta atrás —sonrió mientras me acariciaba la espalda de manera distraída—. Es dentro de tres semanas, y el lugar es sorpresa...

—¡Mi vestido! —grité nerviosa— No me dará tiempo.

—También hablé con Luka y me dijo que, con el equipo que tiene, en una semana estaría listo —mordisqueó mi labio.

—¡Ole tus huevos! —Se los cogí produciéndole una risa— Me caso contigo así sea liándome una sábana blanca sobre el cuerpo.

—Estarías igual de preciosa.

Me besó y me hizo recostarme de espaldas a él, de modo que se pegó a mí, entrelazando nuestras manos y dejándolas sobre mi vientre.

Había notado que eso le gustaba, tener siempre una mano ahí de manera protectora, era como si, con ese simple gesto, le dijera a nuestro pequeñín que estaba ahí. Que cuidaba de él, que lo protegía y siempre lo haría.

Cerré los ojos con una sonrisa en los labios, y es que no podía estar más feliz que en ese preciso momento.

A la mañana siguiente me desperté con las yemas de los dedos de *Paul* acariciándome el vientre.

Lo miré, me sonrió y tras besarme, se levantó para darse una ducha rápida y salió a preparar el desayuno mientras yo me duchaba y vestía.

Desayunamos y salimos para ir a la cita que *Paul* tenía con su médico.

En el hospital lo recibieron con mucho cariño, le quitaron la medicación y le dijeron que en caso de mareos o algún otro síntoma, regresara inmediatamente.

Al final esa mañana me dijo Luka que pasara por su taller, así que *Paul* me dejó allí y fue a visitar a sus padres un rato.

Me tomaron medidas bajo las órdenes de mi amigo que solo dirigía, yo me meaba de la risa.

—Mueve un poco el culo, hijo, que no eres director de orquesta para andar dando órdenes con la batuta —me quejé riendo.

—¡Uy, lo que ha dicho! ¿A que te quedas sin vestido de novia? Mira, que te veo yendo al altar en vaqueros.

—Antes me compro cualquier vestido de noche en blanco y voy divina.

—¡Qué valor el tuyo! Anda, vamos a ver qué se nos ocurre.

Con un trozo de tela fueron diseñando cómo me quedaría el vestido y lo iban ajustando a lo que me iba favoreciendo, vamos yo estaba alucinando en colores, pero en menos de veinte minutos ya vi cómo sería mi vestido perfecto, ese que tanto Luka, como yo, y dos de sus modistos, estábamos totalmente de acuerdo.

Me puse a aplaudir dando saltitos con ese vestido de lo más emocionada, ya solo tocaba que se pusieran manos a la obra para hacer el definitivo a lo que habíamos ido montando.

—Menos mal que tengo aquí a las hadas madrinas de la Bella Durmiente para hacerlo posible, que si no... —me dijo Luka, sacándome una carcajada.

Salí de allí de lo más emocionada, *Paul* sonrió al verme así pues sabía que había salido muy contenta con los resultados de lo que iba a ser el vestido más importante de mi vida.

Me puse a contarle cómo habíamos dado con el vestido de mis sueños, él sonreía mientras conducía, estaba claro que no le dije cómo era, eso sería mi mayor secreto guardado.

—Por cierto, aproveché para ir a una agencia de viajes y ya reservé la luna de miel.

—¿A dónde? —pregunté emocionada.

—Sorpresa... —Me miró y me hizo un guiño.

—¡Mira para adelante! Que de otra no te salva ni Dios —solté riendo— Joder, verás como a mi judía le salga un antojo de un avión, verás.

—Dime cinco lugares que te gustaría para esos días, quiero ver si he acertado.

—Siempre quise ir a Budapest, Praga y Viena, pero me vale con una isla paradisíaca o algo de África.

—De acuerdo.

—¿Es algo de eso? —pregunté, porque me mataba la curiosidad.

—No te lo voy a decir —sonreía.

—Joder, cómo te gusta ir de misterioso hijo —resoplé bajándome del coche cuando llegamos a la casa.

Llené la bañera, tenía ganas de meterme ahí un rato, relajada, echaba de menos el cigarro para ese momento, pero no, desde que me enteré que dentro de mí se estaba formando una vida, no volví a fumarme ninguno, no podía hacerle eso a mi bebé.

Paul me encendió unas velas, puso música de fondo y me dejó ahí, relajada. Era tan atento, tan romántico, tan, tan... ¡Lo amaba!

Salí un rato después y ya tenía la comida preparada, me eché a reír al ver sobre la mesa un osito de peluche para nuestra judía y era una preciosidad metido en la cajita de una famosa marca de juguetes.

—Lo vi esta mañana y no me pude resistir.

—Madre mía, hijo, peor que Luka cuando me apareció con el pipo —reí negando—, pero me encanta que hagas estas cosas, se ve que estás de lo más ilusionado y eso me hace inmensamente feliz.

—Pues había pensado que mañana podríamos ir a comprar la habitación de bebé para esta casa.

Hasta que no comience a ir al colegio no nos iremos a la ciudad, para esa compraré un dormitorio infantil.

—¿Mañana? Estoy de dos meses y poco, por Dios, cuando vengamos de la luna de miel lo hacemos todo con calma.

—He dicho mañana y, o vienes conmigo, o me voy solo, tú decides —me besó en la mejilla.

—Voy, voy, capaz eres de comprarle una a lo “choni”.

—¿Tan mal gusto crees que tengo? —carraspeó.

—No, para nada, tus dos casas son preciosas, pero bueno, que yo soy la madre y sé lo que me digo y de que voy, voy.

—Jamás iría sin ti —me sirvió la ensalada.

—Y digo yo... ¿No es mejor saber el sexo antes de comprar todo?

—No —me hizo un guiño.

Me encantaba esa ilusión que le ponía a todo lo que tenía que ver con nuestro bebé, era algo que me ponía como loca, me sacaba la mejor de mis sonrisas y me hacía recordar que mi judía iba a ser muy afortunada de tener un padre como *Paul*.

Esas siguientes tres semanas fueron mortales y es que, aunque todo lo controló *Paul*, yo me quise encargar de otras cosas que iban a ser sorpresa y muy importante para mí en ese día.

Mis padres llegaron tres días antes y se alojaron en mi piso, allí estaban los dos juntitos mejor y más cómodos, así que allí se quedaron.

Su hermana vino de París, pero ella quería quedarse en un hotel con su hija, lo entendimos y reservó uno en pleno centro.

Dos noches antes quedamos con sus padres y los míos para cenar en un restaurante y que se conocieran, *Nicole* también vino. Fue un momento muy emotivo, sobre todo, cuando apareció su hermana *Catherine* y los padres de *Paul* se levantaron para darle un abrazo. Aquel momento fue de lo más emocionante, era la primera vez que padre e hija se veían y a mi suegra me encantó verla a la altura, con mucho cariño y comprendiendo que, pese a todo, esa chica era la hija de su marido y la hermana de sus hijos, además de que no tenía culpa de nada.

—Andrea —me dijo *Mary*, cuando salí del cuarto de baño y la encontré en el pasillo esperándome—. Mi hijo no podría haber encontrado mejor mujer que tú. Sé que queríais tener a *Catherine* y la niña en la boda, y no soy quién para obligaros a lo contrario. Me alegro de que el día que regresasteis de Puerto Rico nos enseñaras esas fotos. Mi marido está feliz porque tiene a sus tres hijos juntos, y una nieta que es una maravilla.

—*Mary*, esa niña también puede ser tu nieta, igual que el bebé que estamos esperando *Paul* y yo.

—¿Sabes? Tienes un poquito de razón. Voy a malcriar a Isabella, igual que a mis propios nietos.

—No sabes la suerte que tienen tus hijos de tenerte como madre —mi suegra y yo nos abrazamos y volvimos juntas a la mesa con el resto.

Mi vida era tan bonita, y no por el dinero que poseía *Paul*, aquello me daba igual, me quería comprar todo lo mejor del mundo, pero yo jamás aceptaba y me enfadaba, yo solo quería tenerlo a él, esa preciosa familia que se estaba formando. Eso no había dinero en el mundo que lo pagara, era lo único que me importaba, él, fuera de todo aquello que tuviera.

Esos días lo viví con una emoción tan grande, que yo pensaba que el día de mi boda ya no lo podía ser más, pues era tan bonito lo que estaba viviendo, que era imposible que existiera una felicidad mayor.

Paul se tiró todo el tiempo de lo más misterioso, yo no tenía idea de nada más que de mi traje, pero me daba igual, hasta comer con todos en una hamburguesería me haría de lo más feliz.

Solo sabía que estaba feliz, que estaba viviendo la historia de amor más bonita del mundo, a pesar de todo lo sucedido y si algo tenía claro es que lo elegiría cada día de mi vida.

La noche antes de la boda me dejó en mi apartamento con mis padres y se despidió diciéndome que solo quedaban unas horas para que me convirtiera en su mujer...

Capítulo 10



Estaba muy nerviosa cuando me miré al espejo con el vestido ya puesto, maquillada y peinada. Me veía preciosa, perfecta.

La peluquera y maquilladora me observaban, sonriendo, estaban felices por los resultados, pero yo más, es que me veía tan bien que no me lo podía creer.

Mi madre entró cuando la llamé y se echó a llorar nada más verme.

—Estás preciosa, hija —me agarró las manos emocionada mientras esas lágrimas no dejaban de caerle.

—Mamá, no me hagas llorar —reí emocionándome.

—Vale, cariño, no quiero que se te estropee el maquillaje tan bonito y natural que te han puesto.

—¡No, por favor! —dijo bromeando la maquilladora y nos echamos a reír.

Las chicas se despidieron y se fueron. Cuando salí al salón, lo que comenzó a llorar mi padre era poco, joder, no pude evitarlo y acabé llorando yo también mientras mi madre, con un pañuelo, iba secándose a toquécitos. Menudo drama, y yo peor debido a las hormonas del embarazo.

—Hija, estás más bonita que nunca —mi padre me abrazó y sentí que tragaba, quería dejar de llorar, pero el pobre hombre no podía.

—Gracias, papá, pero no llores más, que al final acabamos aquí los tres como si fuéramos de entierro, y hoy me caso.

Con un beso en la frente, mi padre asintió, se secó las lágrimas y le dio un beso a mi madre. El amor en sus miradas era lo que siempre me había hecho querer encontrar a la persona adecuada, alguien que tuviera ese brillo en los ojos cuando me tuviera delante.

Mi madre salió, pues ella iba en otro coche y un poco después, bajé agarrada del brazo de mi padre.

—Estás a tiempo de no casarte y venirte conmigo —dijo *James* bromeando cuando me vio.

—¡Claro que sí, guapi! ¿Nos fugamos? —Mi padre sonrió al escucharnos mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo que llevaba a juego con su traje.

James se acercó y me dio un beso, me cogió la mano y me deseó toda la felicidad del mundo, además me dijo que iba guapísima. A mí me encantó ese momento tan bonito que me dedicó antes de atravesar la puerta, así que solté el brazo de mi padre y me acerqué para abrazarlo.

—Es un hombre muy afortunado —me susurró en el oído—. Se lleva una gran mujer y te quiere, a pesar de ser un poquito cabezón.

—Muy cabezón, pero no se lo digas —murmuré, llevándome el dedo a los labios y él soltó una carcajada.

—No le hagas esperar mucho, que igual piensa que nos hemos fugado de verdad.

—¿Te imaginas? Capaz es de venir a buscarte y darte un puñetazo.

—Anda, vete, que veo que me deja un ojo morado, disfruta de tu día, sonrío y nunca dejes de

hacerlo. Ya sabes, la sonrisa es el único complemento que tenemos y combina con todo —me besó la frente y sentí ese gesto de lo más paternal.

Y por edad podría serlo, pues *James*, me llevaba diecinueve años, aunque no aparentara ser un señor con casi medio siglo a sus espaldas.

Le di un último abrazo y volví a agarrarme del brazo de mi padre.

Un coche precioso clásico nos esperaba en la calle, el conductor me abrió la puerta y me monté detrás, mi padre lo hizo en el asiento del copiloto.

No tenía ni idea de adónde íbamos, pero me daba igual, solo estaba deseando llegar hasta donde *Paul* me estuviese esperando.

Lo eché mucho de menos la noche anterior, y es que ya me había acostumbrado a dormir con él, a sentirlo cuando me abrazaba y acariciaba mi vientre. A veces lo hacía de manera inconsciente porque si escuchaba su respiración se notaba que estaba dormido, pero incluso en esos momentos no dejaba de estar pendiente de su pequeñín.

Cuando vi al sitio que llegamos me emocioné, y es que *Paul* había reservado para ese gran momento nada más y nada menos que, La Casa de Cristal.

Ese lugar era donde solía ir a casarse la gente más pudiente de *New York*, era un recinto entero de cristal dividido en varios salones y un impresionante jardín exterior que daba al río *Hudson*.

En ese jardín estaba preparada la carpa donde se haría la ceremonia, la veía llena de gente mientras iba andando y a *Paul*, delante del altar esperándome.

En ese momento comencé a escuchar una canción de un artista español que me gustaba mucho, Pablo Alborán y el tema era uno precioso llamado, “Por fin”.

«Que por fin sé lo que es vivir, con un suspiro en el pecho y con cosquillas por dentro...»

Paul me miraba emocionado, lo vi secarse las lágrimas cuando, de repente, cuatro chicos se levantaron para hacerme el paseíllo y... ¡Los reconocí!

Eran *Manu*, *Hugo*, *Aitor* y *Dylan*, los jefes de la tribu. No me lo podía creer, en mi cara vieron reflejado todo ese asombro que me había producido verlos allí, sabía que eso era obra de *Paul*. Joder, qué llorera cogí en ese momento mientras me acercaba a *Paul*.

Mi padre me entregó a él, que me cogió de las manos mientras su madre lloraba murmurándome muchas veces que estaba muy guapa.

Mi vestido era como una camiseta de licra ajustada de un solo tirante, con una falda con la cinturilla bordada en granate y luego tipo princesa con volumen y una cola donde todo el filo iba bordado también en granate.

No llevaba ni velo, ni nada, quería verme fresca, solo con el vestido. Me peinaron con la raya en medio y el pelo hacia atrás en un rodete que era media castaña y una peineta de plata vieja con pedrería en granate.

Paul iba con un traje color crema, la camisa blanca abajo ajustada de cuello redondo tipo japonés, estaba guapísimo, elegante y el porte era brutal, el tipo sabía llevar la ropa como nadie.

La canción acabó y el señor que iba a officiar la ceremonia comenzó la charla.

—Estamos aquí reunidos para el enlace oficial de estos dos contrayentes, *Paul* y *Andrea*, que, en el día de hoy, deciden unirse y afrontar juntos una nueva vida en común. Están decididos por el amor que ambos se profesan y por la de vicisitudes que han tenido que afrontar juntos.

El hombre seguía hablando y yo estaba ya de los nervios. No sé el tiempo que tardó hasta que,

por fin, llegó a lo más importante.

—Andrea, *Paul*, llegados a este punto, os pregunto. ¿Queréis aceptar contraer matrimonio en estos momentos?

—Sí, quiero —dije mirando a *Paul* a los ojos.

—Sin duda, sí y mil veces sí —acarició mi mano.

—Desde este momento, sois marido y mujer.

Paul y yo nos besamos mientras todos aplaudían de lo más felices, la canción “Cásate conmigo” de *Nicky Jam* y *Silvestre Dangond*, empezó a sonar de fondo.

«*Puedes ver en mis ojos que nunca voy a dejarte...*»

No me lo podía creer, se la había cantado mil veces durante esas dos últimas semanas y es que, a *Paul*, no se le había pasado ni un solo detalle.

Los escritores se acercaron con una botella de champán que llevaba Hugo en las manos, Manu traía las copas y la iban a descorchar.

Hugo apuntando a todo Dios con la botella y *Dylan* escondiéndose detrás, Manu no, Manu y Aitor poniéndose delante para mojarse, aquello era de comedia, de esas que solo ellos sabían escribir y sacarnos a todas sus lectoras mil carcajadas. Tenerlos ahí era ver lo que se intuía por sus *posts*, esos caracteres bromistas y llenos de simpatía.

—A ti sí que te puedo llamar princesa hoy, pero así, con todas las letras, ¿viste? —me dijo Manu, cogiéndome las manos para verme mejor el vestido.

—No es para tanto, un trapito para un día cualquiera —contesté y todos rieron.

—¿Un trapito? Por mi “mare” de mi alma, pero ¡si estás de lo más preziosa, mujer! —miré a Hugo y no pude evitar la sonrisa, ese hombre era tremendo.

—Hombre, dónde va a parar. Que yo me escapé del trabajo, que así en vez de ver a los *Minions* de todos los días te veo a ti, que estás muchísimo más guapa —Aitor, el timidillo del cuarteto, lo soltó así tal cual lo escribe todo en su muro.

—Desde luego, hoy eres la novia más bonita del mundo mundial, así que no digas lo contrario que nos vamos —dijo *Dylan*, entregándome una copa.

—¡No, no! Ya no digo nada. Vamos, que no quiero yo que os vayáis, ¿eh? Por cierto, ¿y las chicas? —pregunté por las escritoras del grupo mirando a *Paul*, que se encogió de hombros.

—No han podido venir, tenían otros compromisos familiares y... —contestó Aitor.

—Claro, lo entiendo. Bueno, en otra ocasión a ver si podemos juntarnos todos, y con las chicas también, así las conozco.

Brindamos y tiramos las copas hacia atrás, según Hugo iba a dar suerte. Menuda guasa tenía el grandullón. En ese momento ya todos los invitados comenzaron a felicitarnos y pasamos a un lado del jardín donde íbamos a tomar unos entrantes y copas, bueno yo no, yo le había dado un trago al champán del brindis, pero no iba a tomar nada más, tenía que cuidar a mi judía, por ella dejaba hasta de respirar si hiciera falta.

—¿Sabes que aparte de ser la mujer más bonita del mundo, eres la embarazada más sexy del planeta? —dijo *Paul*, agarrándome por detrás y rodeándome por la cintura mientras yo hablaba con Luka.

—Y este es justo ese momento en el que “moi” debería irse, que veo que os vais a poner cariñosos y... uno pasa un poquitín de hambre últimamente —comentó Luka, haciéndonos reír a los dos, pero no se fue, siguió ahí con nosotros.

—*Paul*, no empieces... —reí agarrándome a sus manos mientras él sostenía su cabeza en mi hombro.

—Dime que soy más sexy que esos escritores —murmuró en mi oído, mirándolos a lo lejos que estaban muertos de risa hablando entre ellos.

—Eres un celoso —reí.

—Lo sé, pero eso no es malo, así que responde o te juro que te cojo en brazos, te llevo al baño y...

—Eres tú, eres tú —ya me veía en el baño a cuatro patas, conociéndolo, era capaz.

Nos reímos y fue hacia sus hermanas, cogió a su sobrina en brazos y comenzó a comérsela a besos. Yo lo miraba mientras hablaba con *Luka*, de que se me caía la baba con ese hombre y verlo así, me lo imaginaba con nuestra judía en brazos y me derretía.

Los camareros iban pasando las copas y entrantes, y, de repente, se abrió un pasillo y yo quedé enfrente. *Paul* se puso al lado de los escritores y la música comenzó a sonar con la canción de *I say a Little prayer* de la película, “La boda de mi mejor amigo”. Y ahí estaban ellas haciendo una entrada a modo actuación. Sí, eran ellas, las autoras de la tribu: *Alma*, *Ariadna*, *Jenny*, *Carlota*, *Janis* y *Sarah*.

Me puse las manos en la boca y fui corriendo hacia ellas, seguí el baile y no es que tuviera mucha dificultad, pero eran mis autoras y lo habían preparado para mí, me pareció el detalle más bonito del mundo.

Terminamos todas abrazadas llorando, fue un momento de esos que se te quedan grabados para siempre.

—¿Pensabas que nos íbamos a perder tu gran día? Pues estás más loca que nosotros diez y toda la tribu juntos —me dijo *Alma*.

—No os esperaba a ninguna —confesé—, y al no veros y decirme que teníais otros compromisos, lo entendí.

—Hermosura, que a una no la invitan todos los días a la boda de una de sus lectoras. Como para no venir y darte la sorpresa —*Ariadna* me abrazó y sentí que se me formaba un nudo en la garganta. Vamos, que me iba a pasar todo el día de mi boda llorando.

—Preciosa, que hemos vivido tus risas y llantos en el grupo y hoy queríamos verte así, más sonriente y feliz que nunca. Así que, mi “amor”, aprovecha que nos tienes y pide lo que quieras.

—¡No! —reí— Con teneros ya me habéis dado todo, de verdad.

—Y nosotras felices de verte, con esa mirada brillante que desprende felicidad —aseguró *Carlota*, con una sonrisa.

—Sí, sí, que una no se casa todos los días, y yo no he vivido historia de amor más bonita que la vuestra y mira que escribo sobre el amor, ¿eh? —*Sarah* me hizo reír, era un encanto.

—¿Más tranquila ya? —me preguntó *Janis*, cogiéndome ambas manos.

—Sí, después de todo lo que hemos pasado... —miré a *Paul* y lo vi charlando con los cuatro escritores, vamos que al final se hacían amigos y todo.

—Hija, en el amor se pasa por tantas cosas... Pero cuando se quiere a la otra persona como es vuestro caso —*Janis* miró a mi marido y tras sonreír, volvió a hablarme a mí—, todo obstáculo es fácil de superar. A ver, tú que eres muy fan de *Julia Roberts*, que lo sé yo —ahí estaba esa sonrisilla del gif de la niña que solía poner, su *Luciferina* como ella la llamaba—. ¿Recuerdas la peli, *Novia a la fuga*?

—Sí, pero tranquila que no voy a salir corriendo, además, ya le he dicho que sí —solté una carcajada y ella me siguió.

—Lo sé, a ese hombre no le dejas tú escapar por nada del mundo, y él a ti menos, que no hay más que ver cómo te mira. Bueno, a lo que iba. Como dicen en la peli, tendréis épocas difíciles, más, me refiero —reí porque lo soltaba todo de ese modo tan natural—, os enfadaréis y lo mismo hasta querrás tirarle un libro a la cabeza.

—De los gordos, que duelen más —soltó Alma y nos reímos todas.

—Y con tapa dura —dijo Jenny.

—¿Para escalabrarlo después de lo que ha pasado el pobre hombre? —Vi a Sarah poner cara de horror.

—En fin, que no todo será un camino de rosas, habrá días buenos y malos, pero *Paul* y tú, estáis hechos el uno para el otro —*Janis* me dio un abrazo y noté las lágrimas deslizándose por mis mejillas.

—Si al final mi pichilla loca tenía razón, me he pasado toda la relación con *Paul* entre polvos y lágrimas —confesé, medio riendo, mientras me secaba las mejillas con un pañuelo que me dio Carlota.

—¿Y lo bien que te lo has pasado? —estallamos en carcajadas al escuchar a Jenny. ¡Madre mía!, vaya locas tenía a mi lado.

Pasamos al salón para el almuerzo, me agarré al brazo de *Paul*, mientras lo miraba sonriente y negando por haber movido todo para traer a los escritores de la tribu. ¿Podía sentirme más afortunada que con eso?

Todos los invitados se sentaron, había como trescientas personas repartidas en mesas redondas, a la mayoría ni las conocía, bueno, al ochenta por ciento no las conocía, pero con saber que estaban ahí los míos, la familia de *Paul*, mi Luka y los autores, ¿qué más podía pedir?

En ese momento que pusieron los primeros platos, vi que se levantaron *Janis* y *Dylan*, un encargado del lugar les dio un micro, *Paul* hizo un carraspeo y yo lo miré sin entender nada.

—Buenas tardes —dijo Pitufina, como llamábamos a *Janis* en el grupo—. Para nosotros, y hablo en nombre de todos los autores, es un placer estar hoy aquí compartiendo este enlace ya que hemos tenido la suerte de poder vivir la historia en el grupo de nuestros seguidores —la gente aplaudía y yo ya estaba a moco tendido, con la servilleta secándome las lágrimas con toquecitos para que no se me corriera el maquillaje—. La verdad es que es emocionante que te inviten a una boda de tal calibre como esta, como si fueras alguien importante, realmente no nos conocen ni en nuestro pueblo, pero para los lectores que nos siguen y leen, como es el caso de Andrea, nos idealizan como si fuéramos algo de mucho valor —Luka y los escritores que estaban juntos sentados comenzaron a reírse y, por ende, el resto de los asistentes—. Quiero decir en mi nombre y en el de todos mis compañeros, que estamos felices de haber vivido esta historia de amor en primera persona, aunque desde la lejanía, pero hemos sufrido y reído con esta pareja que ahora se han convertido en marido y mujer.

—¡Corre, que estás a tiempo! —gritó Manu desde la mesa, causando una carcajada a todos.

—¡Calla, boludo! —le dijo Alma, poniéndole la mano en la boca para que no dijera nada más.

—Esta historia la hemos vivido de tal forma que, tanto *Dylan* como yo —siguió hablando *Janis* después de reír con la ocurrencia del boludito—, no pudimos hacer otra cosa que escribirla hasta este momento de la boda, inclusive estas palabras están aquí impresas —*Dylan* y ella vinieron hacia nosotros con una preciosa novela en las manos llamada, “Déjame”—. Esta vuestra historia, la hemos escrito a contrarreloj, pero con el corazón, queríamos que tuvierais vuestra propia novela, no es para menos, es una de las historias que merecía la pena ser contada al mundo, eso sí, a cabezones no os gana ni Dios —una carcajada entre nuestras lágrimas y las de muchos de los

asistentes—. Que seáis muy felices, y a la judía la esperamos en el grupo con tanta ilusión como vosotros, bueno exageré un poco, pero es muy importante para todos nosotros. Deciros ahora en nombre de todos, que, gracias a *Paul* por dejarnos ser partícipes de uno de los momentos más importantes de vuestras vidas, por permitirnos hoy estar aquí y por ser parte ya de nuestras vidas. Esto no lo vamos a olvidar nunca, ¿eh?

Joder, qué llorera tenía, y lo peor de todo es que no podía hablar.

Me levanté y los abracé, en ese momento *Dylan*, sujetó mi mano y le quitó el micro a *Janis*.

—Me toca poner celoso a tu marido —soltó causando una carcajada en todos, incluso en *Paul*, que no dejaba de lagrimear emocionado—. Habéis tenido la historia de amor más movidita de la historia —hizo un carraspeo mientras yo lo miraba llorando a lágrima viva—, pero también de las más bonitas y lo digo porque, mientras escribía esta novela con mi compañera de letras, *Janis*, lloré en más de una ocasión.

Se escuchó un “ohhh” entre los asistentes.

—¡Sensiblón! —gritó Hugo causando una risa en todos.

—Tú te callas, preziozote —le respondió *Dylan*, haciéndonos reír más.

Vi cómo *Janis* se iba apartando y con la manita diciendo adiós mientras de los ojos evitando que salieran las lágrimas. *Dylan* soltó el micro en la mesa y comenzó a sonar una canción preciosa llamada “Todavía”, interpretada por Tamara, una cantante española.

«*Cuando amanece quiero verte todo el día...*»

La bailé con el mismísimo *Dylan*, mientras me la cantaba sonriendo. No me lo esperaba, miré a *Paul* y lloraba emocionado. ¡Me lo comía! De repente me llevó hasta él y me entregó para que siguiera bailando con mi ya marido, fue un momentazo de esos que jamás olvidaré.

Ese día lo iba a guardar como el recuerdo más preciado, estaba siendo todo tan emocionante que no me lo podía creer.

Cuando terminó comenzó a sonar la canción de *Marc Anthony* “Tu amor me hace bien”, y todos los invitados se levantaron a bailarla alrededor de las mesas. Aquello sabía yo que no había hecho más que empezar y que lo que pensaba que iba a ser una boda tranquila, no, no pintaba que fuera a ser así, todo lo contrario, iba a ser la bomba.

De repente, del mismo cantante sonó el tema “Cambio de piel” y Hugo vino hacia mí, *Paul* me entregó para bailar con él y ahí fue cuando ya aluciné en colores. ¿De verdad eso me estaba pasando a mí?

—¿Lista para un baile de salseo, preziozota? —preguntó haciéndome reír.

Los invitados se sentaron a vernos bailar esa salsa que sonaba tan bonita en ese momento, más bonita que nunca...

Y tras terminar el tema, en la misma línea del cantante, sonó “Vivir mi vida”, de nuevo todos se levantaron a cantarla y bailarla, aquello estaba siendo la bomba, una comida de lo más divertida.

Luka estaba desarmado, se iba a romper en dos de tanto moverse, se acercó a mí, copa de vino en mano.

—Voy a emborrachar a los cuatro escritores y voy a montar una orgía que van a volver para España, tocando las palmas con las orejas —murmuró en mi oído causándome una carcajada.

—No, ellos son bien machos —le dije riendo.

—Hasta que prueben a este bombón cubano —dijo levantando la cabeza y volviendo a la mesa junto a ellos.

No tenía remedio, de verdad que no lo tenía, pero lo bien que me lo pasaba con él, no tenía

precio y eso era lo que valía.

Terminamos la comida y pasamos a un salón con unas vistas impresionantes, como ya dije todo era en cristal y aquello era una maravilla, lleno de sofás blancos tipo rinconeras con sus mesas delante, además de una pista para bailar con cuatro barras de bar, mesas en alto con taburetes, ahí es donde se iba a liar hasta altas horas de la noche.

No pude llorar más de la risa que cuando Aitor, el escritor que pensábamos que era tímido, estaba con dos copas de más y salió a la pista a abrir el baile, bailando la canción de la mítica película “Grease”.

Cómo no, ahí fueron Hugo, Manu y *Dylan*, para acompañarlo en ese baile de manos señalando a todo el mundo, las escritoras lloraban de la risa grabándolos, los veía ya en el grupo con ese vídeo subido para que lo vivieran todas las chicas de la tribu, eran unos *cracks*.

Paul no dejaba de mirarme haciéndome guiños de ojos y abrazándome, estaba feliz, no dejaba de llamarme su mujer, le gustaba decir esa palabra que ya era oficial. Jamás imaginé que mis sueños se convertirían en realidad, pero ahí estábamos, ya con el “sí, quiero” dado y un camino por delante en el que esperaba que hubiera más felicidad que tristezas.

Me acerqué a las escritoras y nos abrazamos todas a una, quería que sintieran lo feliz que me hacía tenerlas en ese día junto a mí, mejor que ellas, nadie iba a entender nadie ese abrazo que se hizo por fin realidad.

En un momento dado vi a Luka junto a Aitor, ese pobre hombre no sabía la que le había caído encima con mi amigo. Miré hacia *Janis* que estaba viendo la misma escena, nos miramos sonriendo y ambas fuimos hacia ellos, y es que esa mujer ya conocía a Luka tan bien como yo.

—¿Todo bien por aquí? —pregunté rodeando a mi amigo por el brazo.

—Sí, perfectamente. O no, no lo sé seguro —contestó Luka.

—¿Qué pasa?

—*Janis*, solo estoy bebiendo algo con nuestro amigo Luka —le contestó Aitor a ella, pero por su voz... ya llevaba más de una copa.

—Pues creo que es hora de que dejes de beber, chiquitín —le dijo ella.

—A ver, que la pequeña de los dos eres tú.

—¡Uy, lo que ha dicho! —Ver a esa mujer, tan chiquitilla, con los brazos en jarras y la cara con el ceño fruncido, al lado de Aitor, que era bastante más alto que ella, era de lo más gracioso—. Lo dices por la edad, ¿verdad? —Arqueó una ceja.

—Claro, claro, y por eso no bebes nada de alcohol.

—No, hijo, no. No bebo alcohol porque me da por llorar, vete a saber por qué, pero así es desde que tenía diecisiete, que todavía recuerdo mi primer puntillo, con mi padres y tíos, que para que mi hermana dijera: “qué mala se ha puesto la “tata” habría que haberme visto. Y no, no preguntes que no te lo voy a contar.

—No tenía que haber venido a la boda —nos dijo Aitor de repente.

—¿Y eso por qué, si puede saberse? *Paul* nos ha invitado a todos, señor Ferrer, a to-dos —contestó *Janis*.

—Porque me acuerdo de mi boda.

—¿Tu boda? —preguntó Luka.

—Sí, estuve casado, pero me dejó por un dominicano, allí se fue con él.

—Se acabó —*Janis* le quitó la copa de la mano a Aitor y se acabó lo que quedaba de un trago—. Pero, ¿qué mierda es esta? Cómo arde, ¡joder!

—¡*Whisky* solo, Pitufina! —gritó Luka, dándole un refresco.

—La madre que te parió, esto se avisa, chiquitín. Anda, vamos a que te dé un poco el aire, y te advierto, que como me entre llorera por el *whisky* ese, te doy la del pulpo —le advirtió señalándole con el dedo.

—Y ahí se va mi oportunidad de pasar la noche con Aitor —escuché a Luka a mi lado y rompí a reír—. Ríete, cabrona, pero yo me llevo a alguno de los cuatro esta noche a mi apartamento.

—Tú no te vas a llevar a nadie a ningún sitio, pichilla loca, que estás a la que saltas, ¿eh?

—¡Claro, como tú has pillado un morenazo, a mí que me parta un rayo!

—Y dos o tres también. Anda, tira para la pista que vamos a marcarnos un baile de los nuestros —le dije cogiéndole la mano.

—Mira, te voy a hacer caso, pero porque habrá poquitas veces ya en las que podamos bailar.

Y así pasamos el resto de la noche, bailando, riendo, y con toda esa gente que sabía sacarme sonrisas como nadie.

Nos despedimos de los invitados y *Paul* y yo, fuimos a la *suite* que habían preparado para que pasáramos allí nuestra noche de bodas.

Mi marido me ayudó a quitarme el vestido y nos metimos en la cama.

—¿Feliz? —preguntó abrazándome.

—Mucho.

—Me alegro, porque es lo que quería, verte feliz en nuestro gran día.

—Gracias por la sorpresa, de verdad, pero si lo llevo a saber me habría traído todos mis libros para que me los firgaran —dije encogiéndome de hombros.

Me abracé fuerte a él y tras recibir un beso en la frente, cerré los ojos y me dejé llevar al mundo de los sueños. Solo que esta vez, lo hice con una enorme sonrisa en los labios.

Capítulo 11



—Despierta, dormilona —sus labios besaban mi barriga.
—¿Qué hora es?
—Las tres de la tarde y tenemos que comer, el vuelo sale en unas horas —decía sin parar de besuquearme.
—Menos mal que no tengo resaca —reí.
—Ya la tengo yo por ti, llevo dos pastillas en el cuerpo.
—Te bebiste hasta el agua descongelada de los hielos —lo abracé.
—Era un día para celebrar —carraspeó poniéndose a mi altura y besándome en los labios.
—Quiero saber a dónde nos vamos —fruncí el rostro.
—No te queda nada para averiguarlo, pero si sigues aquí revoleada en la cama, podemos perder el avión.
—Tú pagas otro —solté una carcajada.
—¡Ah no!, bastante caro me costaron estos billetes, luego lo entenderás.
—¿Es que nos dieron una suite para el vuelo? —pregunté muerta de risa.
—¡Vamos! —Me cogió en brazos y me levantó.
Nos duchamos e hicimos el amor, por supuesto, ese punto no podía faltar en nuestra relación y es que los dos éramos iguales, nos encendíamos con nada como si fuéramos una mecha.
Bajamos a comer y dejamos las maletas en la recepción para salir luego directos hacia el aeropuerto, estaba loca por averiguar qué destino era ese tan misterioso.
No me lo podía creer cuando en la zona de facturación leí el cartel que claramente decía Madrid, estaba en *shock* y lo peor fue al montarnos y ver a todos los escritores ocupando asientos de primera clase, se pusieron a aplaudir y yo me puse la mano en la boca.
—Te queda tribu para días —murmuró *Paul* en mi oído.
—Pero, ¿esto qué es? —pregunté llorando como una niña pequeña con el corazón encogido mientras los miraba a todos.
—Esto es que te vas a comer un fin de semana en mi tierra, Cádiz —dijo *Dylan*.
—La misma que la mía —recalcó Hugo, causando la risa de todos.
—Déjame terminar —lo miró riéndole y haciéndonos reír más—. Pues eso, que tu marido cogió un cortijo en la costa gaditana y allí nos esperan muchas chicas de la tribu, eso sí, tres días, luego lo que te tenga reservado es cosa de él, pero que te queda aún días de aguantarnos.
Miré a *Paul* y me tiré a su pecho a llorar sin poder parar, todos aplaudían y hasta las dos azafatas lo hicieron emocionadas, no me podía creer hasta dónde había llegado mi marido y todo por hacerme feliz y que conociera a gente maravillosa que habían pasado a formar parte de mi vida virtual.
—Bueno, creo que por algún sitio en este avión hay unos libros que hay que firmar, ¿no? —preguntó Manu y yo miré a *Paul* con los ojos abiertos como platos.

—Cierto, ahora mismo os los traen —contestó mi marido.

—¿Qué dices? ¿Los has traído? —pregunté.

—Pues claro, a ver si te crees que solo te íbamos a sorprender apareciendo en la boda para comer —contestó *Janis*.

—Bueno, aquí hay algunos a quienes lo de comer les gusta más que a un chiquillo un caramelo —dijo *Dylan*.

—*Bro*, si eso va por el boludo... —soltó *Hugo*.

—Y por ti, *Huguito*, y por ti —dijo *Jenny* así, como quien no quería la cosa.

—¡Cría fama...! —protestó *Manu*.

El vuelo despegó y la primera clase era para los diez autores y nosotros dos, nadie más, pero la que tenían liada en ese habitáculo era impresionante, yo estaba que me salía del pellejo de la felicidad que tenía, no podía sentirme más dichosa.

Tras la cena nos apagaron las luces y nos pusimos todos a dormir, era lo bueno de ser de noche, que era más cómodo y se hacía el vuelo más rápido.

No nos despertamos hasta que nos trajeron el desayuno una hora y media antes del aterrizaje.

Manu no dejaba de piropear a las azafatas y llamarlas princesas, estábamos muertos de risa con eso.

—Y que sigan todos solteros... —susurró *Paul*.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, se les ve buena gente. A ver, que están un poquito locos, pero...

—¡Eh, eh! Que yo también lo estoy.

—Y por eso me encantas —murmuró besándome.

—¡Iros a un hotel! —soltó *Jenny*.

—¡No grites, por Dios! —se quejó *Aitor*.

—Si no hubiera usted bebido tanto ayer, señor *Ferrer*... —le regañó *Janis*.

—Anda, *Pitufina*, que te bebiste un copazo de *whisky* —le dijo *Hugo*.

—En mi vida vuelvo a beber eso, ¡por Dios, qué manera de quemar la garganta!

Cuando aterrizamos, dos furgonetas tipo *Vans* nos recogieron en el aeropuerto, nos montamos seis en cada una y directos a Cádiz con parada cerca de Sevilla para comer, en la tierra de mi chica especial, *Ariadna*, como le decía *Mila* y nos lo pegó a todos.

En nuestra furgoneta iban *Ariadna*, *Alma*, *Janis* y *Carlota*, con las que tuve la suerte de charlar un montón durante el camino y, si antes pensaba que eran grandes personas, ahora me hacía su *fan* número uno. Tenían una personalidad preciosa, como todos los autores, pero es que me había quedado encantada con esas charlas por el camino con ellas.

Llegamos a la provincia de Cádiz y tiramos para la zona de Chiclana donde cerca de la playa había un cortijo que se abrió para nosotros y ahí había como treinta chicas de la tribu que corrían hacia nosotros a felicitarnos. Luego se comieron a besos a los autores, esos que estaban de lo más emocionados de poder conocer a sus chicas de primera mano y todo eso gracias a mi marido, que pese a los celos que mostraba bromeando en alguna que otra ocasión, había hecho posible la realidad que tantas deseábamos, encontrarnos todas un día y disfrutar de estar juntos, ahora lo estaríamos tres días. ¿Se podía pedir más?

Las dos *Paqui*, *Merceditas*, *Mila*, *Vanessa*, *Marta*, *Silvia*, *Emi*, *María Ángeles*, *Carla*, *Sara*, las dos *Rosas*, *María* y su gemela *Montse*, *Mara*, *Reme*, *Vito*, *Lourdes*, *Lucía*, *Gemma*, las dos *Raquelitas*, *Miriam*, *Sònia*, *Laura*, *Keila*, *Inma* e *Isa*, fueron algunas de las chicas a las que reconocí. Faltaron *Claudia* y *Zulema*, esas dos mujeres por quienes conocí a toda esta gente

maravillosa.

Me hubiera gustado que estuvieran, pero la lejanía y los trámites no eran factibles para que *Paul* hubiera podido traerlas.

Aquello era grandísimo, unas tierras preciosas con zona de barbacoas, terrazas con carpas de madera, un porche gigante con mesas largas en las que cabíamos todos y dentro lleno de habitaciones. Aquello le debía de haber costado un pastizal, además contrató cocineros y camareros para que nos lo pusieran todo por delante esos días y yo sin poder beber alcohol, me reía al pensarlo, pero bueno, ya mis chicos lo harían por mí, que yo con solo tener el placer de tenerlos a todos, ya me consideraba una mujer muy afortunada.

Dejamos las cosas en una habitación gigante, en estilo rústica como todo aquel lugar, aquello era una maravilla cerca del mar que se podía oler y ver en la distancia, un rincón precioso que, para colmo, nos recibió con un día de lo más soleado. Ahora entendía eso que decían de que el mejor clima lo tenían *Dylan* y *Hugo*, que vivían en el sur.

Colocamos todo y salimos hacia fuera para estar con los chicos, esos que estaban desmadrados, sobre todo *Manu*, el boludo la estaba liando a lo grande y eso que yo pensaba que iba a ser *Hugo*, pero no, a pesar de ser muy gracioso sabía mantener la calma. Eso sí, soltaba cada cosa que nos teníamos que echar a reír.

A mí me prepararon un coctel a base de frutas, por supuesto sin alcohol, estaba riquísimo, con eso ya me sentía más que feliz, pero eso sí, ahí comenzaron a volar copas y sabía yo que esa noche iba a ser a lo loco.

—¿Fotos de la boda no nos enseñáis? —preguntó *Reme*.

—¡Uy, claro! —dijo *Ariadna*— ¡Será por fotos! Tenemos los móviles llenos.

—Sí, sí, y un vídeo también... —dije mirando a los chicos.

—¡No, no! No hay vídeos, ni uno solo —me cortó *Hugo*.

—¿Un vídeo? ¡Eso hay que verlo! —aseguró *Montse*.

—Que no, que no, que no hay vídeos. Bueno, sí, el del baile de los novios —decía *Aitor*.

Al final las chicas pusieron el vídeo del baile que hicieron los cuatro como si del mismísimo *John Travolta* y sus acompañantes se tratara.

No faltaron las risas, pero porque les quedó muy divertido el baile.

—Pues ni tan mal os quedó, hay que veros así más a menudo, ¿eh? —dijo *Mercedes*.

—En otra no los vemos, no —le contestó *Vito*.

Sirvieron comida, bebida que no faltó y de fondo teníamos música con la que no paramos de bailar. *Bachata*, *salsa*, hasta algún que otro *rock and roll*.

La verdad que estaba siendo un primer día de luna de miel de lo más especial porque tenía ahí a esa pequeña parte de los ángeles del infierno, que eran las chicas de la tribu.

Cada una con sus locuras, pero todas con algo en común, la pasión por la lectura y un gran sentido del humor.

Escuché la voz de *Romeo Santos* y *Paul*, no tardó en rodearme la cintura pegándose a mi espalda.

Nos balanceábamos al ritmo de la música mientras veíamos a las chicas divirtiéndose de lo lindo.

—¿Qué le ha parecido la sorpresa a mi querida mujer? —preguntó *Paul* sin que dejáramos de bailar.

—Increíble, preciosa, perfecta. ¿Sigo?

—No, me hago una idea. ¿Todo bien? —Tocó mi barriga.

—Ajá, perfectamente.

—¡Viva los novios! —gritó alguna de las chicas haciéndome sonreír.

Un par de horas más tarde nos fuimos a las habitaciones a descansar, la verdad es que el cuerpo lo necesitaba pues entre la boda, el vuelo y el viaje en coche, estaba agotada.

En cuanto me metí en la cama, caí rendida. Vamos, que podría haber empezado a llover, tronar y relampaguear, que no me habría enterado de nada.

La mañana siguiente cuando salimos fuera ya estaban todos repartidos por las mesas para desayunar.

—Uy, veo muchas gafas de sol hoy —dije sonriendo.

—Resaca, niña —contestó Silvia—. Qué suerte que no la tienes.

—¡Vaya por Dios! —grité a propósito y vi las caras de horror que ponían.

—Menudo tono de voz gastamos, bonita —me dijo Mercedes.

—Pues de lo más normal y tranquilo. ¿Aitor, también tienes resaca? —pregunté ya que no le vi con gafas de sol.

—No, tengo niñera que me controla las copas —protestó mirando a *Janis*, que empezó a fingir que silbaba.

—Sí, sí, que es pequeñita pero cuando saca su lado Maléfica, cuidado con “PitufiJanis” —contestó Carla.

—No es para tanto, encima que lo hago por el chiquillo, para que no tenga resaca después —se excusó ella—. Nada, esta noche te bebes hasta el agua de los floreros, chiquitín. Tienes abierta la veda.

—¿Pensáis llevarnos de caza? —preguntó Vanessa.

—Sí, “xoxi” —contestó *Janis*—, cangrejos a la playa.

Empezamos a reír, y es que no era para menos porque Vanessa llevaba un despiste a veces, que iba a su ritmo. *Janis* la seguía y vaya dos, las que liaban.

—Pues sí que podíamos ir a la playa —dije—, que un bañito y un poco de sol nos sentaría bien.

—Listo, a la playa después del desayuno. Yo me encargo de reservar sitio para comer —propuso *Dylan*, y *Paul* aceptó, más que nada porque estábamos en un sitio donde él y Hugo se movían como peces en el agua.

Cuando acabamos el desayuno aproveché para llamar a mis padres, iban a quedarse unos días en mi apartamento para ver la ciudad con Luka y mis suegros, que se habían ofrecido a enseñársela.

—Por aquí todo bien, chochona. ¿Y tú? ¿En qué lugar del Caribe estás? —preguntó.

—En ninguno, me trajo a España. Estamos en Cádiz, de donde son dos de los escritores, y aquí están unas cuantas de las chicas del grupo.

—¡Hostia! Menuda sorpresa, ¿no?

—Pues sí. Si llego a saber esto... te habría invitado a venir.

—Hija, es tu luna de miel. Qué voy, ¿a sujetarte la vela, o el cirio de tu marido? No sé...

—¡Luka! —le reñí riendo.

—Bueno, que voy a ver si empiezo el día, que aquí está amaneciendo.

—¡Uy, es verdad! Lo siento, pichilla loca.

Me despedí, fui a ponerme el bikini y me reuní con el resto para ir a la playa.

—¡Ale, que nos vamos de romería! —gritó Mercedes, y ahí empezaron las risas.

Un autobús había alquilado *Paul*, para movernos esos días por allí, si es que parecíamos la clase de un colegio a los que llevaban de excursión.

En cuanto llegamos a la playa allá que fuimos todas al agua mientras ellos se tomaban una cerveza en el chiringuito.

Disfruté como una enana, esa es la verdad, y es que estar con las niñas de la tribu era tener ese subidón de energía que de vez en cuando se necesitaba.

Siempre lo decían, si no era una era otra, que entrar al grupo en un día de esos que no tienes ganas de nada, hacía que se te pasara ese bajón y acababas con dolor de tanto reír.

Comimos en un lugar tranquilo donde nos pusieron un buen pescaito, y ya estaban todos planeando la noche.

Miedo me daba a mí, que la mañana siguiente estarían todos con resaca otra vez. Menos yo, que seguía a base de cócteles de fruta.

—Arreglado, una barbacoa para la cena —anunció Hugo.

—Pues a comprar provisiones —ver a Manu frotarse las manos diciendo aquello, fue causa de risa para todos.

—Ya estaba el boludo tardando en tener hambre, y eso que acaba de comer —dijo Alma.

—Está en edad de crecimiento.

—Claro, Huguito, como tú —le dijo *Janis* a él.

—Igualito que yo, Pitufina.

Volvimos al cortijo y organizamos lo necesario para la noche.

Y qué noche, no nos faltó de nada. Música, baile, comida y la mejor compañía.

—Venga, todas a bailar —dijo *Jenny* y allá que se llevó a Sarah, Carlota, Alma y *Ariadna*.

El resto de las chicas también las siguieron, y yo me uní a ellas. Había que disfrutar que estábamos todas juntas, pues no sabíamos cuándo nos veríamos en otra.

Los cuatro chicos se arrancaron a bailar también, y no pude evitar grabarlos, a escondidas y sin que me vieran, le mandé el vídeo a Luka que no tardó en contestarme.

Luka: *Dejo la moda y me hago secretario de ellos, pero ya, vamos hombre. Y que se fueran de aquí y no pudiera catarlos... Ni un mordisquito, chochona, ¡ni un mordisquito!*

Empecé a reír y al verme *Paul*, se acercó a ver qué me pasaba, así que se lo enseñé.

—No tiene nada que hacer con ellos, lo sabe, ¿verdad? —preguntó sonriendo al tiempo que negaba.

—Sí, pero cree que si hubieran probado un bombón cubano como él...

—Deja, no me lo digas, que me lo imagino.

La noche siguió entre risas, bailes, locuras, fotos y más risas.

Me senté un instante a contemplar lo que tenía ante mis ojos, todas esas chicas que, sin saberlo al principio, se convirtieron en el apoyo que necesitaba en esos momentos en los que el dolor me inundaba el alma.

Como dije, sí que eran unos ángeles, mis ángeles particulares.

Sonreí, y en ese momento una idea se me vino a la mente.

Si tenía oportunidad, haría lo que acababa de pensar.

Amanecimos en el último día con la tribu, desayunamos y lo pasamos en el cortijo, haciéndonos miles de fotos que conservar como recuerdo de estos días.

Lloramos mucho, porque no queríamos que acabara ese tiempo que estábamos disfrutando, pero prometimos volver a encontrarnos en algún otro momento.

—Para la boda de alguna de las chicas —dijo *Paul*, y en ese momento todas las que no tenían pareja lo miraron— ¿Qué he dicho?

—¿Qué boda ni boda? Si las que estamos solteras así nos va bien —comentó Miriam.
Vi a muchas aserir y empecé a reír, desde luego, tenían un sentido del humor que era increíble.
Llegó el momento de las despedidas, ese que nos costaba asimilar.
Me abracé a todas y cada una de ellas, lloramos como niñas y les tocó el turno a las escritoras.
—“Amore”, a ser feliz y a cuidar de la judía, que anda que vaya apodo le pusiste, ¿eh? —dijo
Jenny.
—A ver, yo cuando vi eso blanco en la pantalla pensé que era una judía —me encogí de
hombros.
—Seguro que es una hermosura de niña como su madre —*Ariadna* me abrazó y ya empecé a
sentir un nudo en la garganta.
—Tienes un hombre que te quiere mucho, cualquiera no habría juntado a tanta loca durante tres
días —sonreír al escuchar a Alma.
—Yo también estoy un poquito loca así que, no se ha notado mucho —contesté.
—Que vaya bien el resto de embarazo, ya nos vas contando por el grupo, ¿sí? —Carlota y Sarah
me abrazaron y ya sí que no pude evitar llorar.
—No llores, que eres un ángel del infierno —me dijo *Janis* y rompí a reír.
—Nos ha faltado el Caimán por aquí —escuché que decía Carla.
—Y el tito Luci —aseguró Montse, haciendo que todas riéramos.
—Pues menos mal que no ha venido el Caimán, que a ese le tengo que expulsar yo del grupo —
se quejó *Dylan*—. Gracias por esto, guapísima. Te deseo lo mejor del mundo.
Me abracé a él y lloré como una niña pequeña, hasta que noté que nos rodeaban a los dos, miré
y ahí estaban Aitor, Manu y Hugo en un abrazo grupal.
—A ver, abracito de caderitas separadas, compis, por favor —dijo Hugo y estallamos todos en
carcajadas.
—Princesa, que a vos no te falte nunca esa preciosa sonrisa.
—Lo prometo, Manu, de verdad que sí —le aseguré.
—Mas te vale, preziozota, porque si no, nos enfadamos todos contigo —miré a Hugo y sonreí.
—Yo soy capaz de escaparme otra vez del curro y dejar solos a los *Minions* para ir a *New York*
y echarte la bronca. Así que...
Me despedí de esa familia virtual que había encontrado gracias a un viaje a Cuba que no
entraba en mis planes, pero del que no me arrepentía, ni me arrepentiría jamás.

Capítulo 12



Tras despedirnos de todos partimos en el coche que nos llevaría hacia el aeropuerto de Málaga que estaba a dos horas y pico de trayecto, ese que hice mirando las fotos de mi móvil desde la boda hasta estos días que había pasado con parte de la gente de la tribu.

La sorpresa fue mayúscula al leer en el letrero de facturación El Cairo. ¡Nos íbamos a Egipto!

—¿A ver las pirámides? —pregunté emocionada mientras ponía las maletas en la cinta.

—Te pondré mirando hacia las pirámides —murmuró en mi oído para que la azafata no nos escuchara.

Resoplé negando y nos fuimos a pasar el control policial para ir a la zona de embarque, yo estaba alucinando, para El Cairo...

Hicimos un poco de tiempo dando vueltas por la terminal, hasta que llamaron a primera clase a embarque y entramos.

Yo estaba alucinando con la idea de saber que iba a Egipto, siempre había soñado con ello, aunque, por otro lado, me daba un no sé qué, pero ahora estaba deseosa de vivirlo, era el momento, junto a él. Sabía que iba a ser un viaje fascinante.

El vuelo me lo pasé charlando como una cotorra, bendita paciencia la de mí ya marido que me escuchaba atento y siempre con una sonrisa en la boca, eso sí, tenía que estar constantemente acariciando mi barriguita. ¡Vaya meses me esperaban con este hombre!

—Por cierto, quería comentarte algo...

—Dime, preciosa.

—Es el tema de mi apartamento. Como ya sabes tengo una hipoteca y se la están cobrando de mis ahorros, pero ya en unos meses no podré con ello si no trabajo, estaba pensando en alquilarlo y que se fuera pagando solo.

—Cariño —acarició mi mano—. Mi dinero es tu dinero y lo primero que pensaba hacer a la vuelta es quitar la hipoteca y dejarla pagada, no lo vamos a alquilar, es tu casa, la casa de nuestra judía el día de mañana, así que no te preocupes.

—No, no quiero eso, la alquilo y se va pagando.

—No te he preguntado si quieres o no, se hará pues mi dinero es tuyo, no vas a trabajar, vas a vivir disfrutando de tu embarazo y de tu bebé, así que no hay nada que hablar. Cancelaré la hipoteca nada más llegar.

—Me siento mal así.

—¿Para qué te has casado conmigo entonces si no es para compartir una vida en común con lo bueno y lo malo?

—Ya, pero...

—Pero nada, olvida esos temas que me encargo yo, por favor —se acercó a besar mi mejilla—. Además, me encanta tu apartamento y quiero que lo conservemos para cuando queramos ir algunos días.

—Pero si tú tienes uno mejor —reí.

—Pues ya tenemos dos —pellizcó mi mejilla.

—Al final voy a ser una mantenida y eso no lo quiero —carraspeé.

—¡Ah no!, tú vas a trabajar —por su cara sabía a lo que se estaba refiriendo y solté una carcajada.

—Contigo no se puede hablar seriamente —resoplé.

Y no se podía, iba a hacer lo que le diera la gana, pero bueno, en cierto modo lo comprendía, aunque yo era muy independiente económicamente desde hacía años y ahora saber que iba a vivir de él, como que me daba cosa, aunque estaba claro que intentaría trabajar en algo por *Internet* de su empresa, en el *marketing* o lo que fuera, pero de brazos cruzados no me iba a quedar.

Aterrizamos en la ciudad y nos llevaron a un precioso hotel frente a las pirámides, yo estaba alucinando con el pedazo de vistas que tenía nuestra *suite*, y encima desde ahí se veían las piscinas en forma de lago con barra interior y todo. Me moría, era un pedazo de hotel en una zona muy privilegiada.

Estaba oscureciendo cuando llegamos, *Paul* pidió que nos llevaran la cena a la habitación, no tenía ni idea de lo que había pedido, fuera lo que fuese me lo iba a comer igual, no era nada delicada y me encantaba probar especialidades de otros países.

Me metí en la ducha después de *Paul*, él iba a ser más rápido y quería esperar al servicio de habitaciones, así que yo lo hice relajada y cuando salí ya estaba todo sobre la mesa.

Me encantó la pinta de cómo venían preparados los platos, todo me llamaba la atención y *Paul* comenzó a explicarme.

—Esto es Koshari, es un plato vegetariano, pero me encanta —estaba hecho a base de arroz y pasta con cebolla caramelizada y lentejas, un rebujo impresionante, pero con muy buena pinta—. Esto, es Kofta —en este caso eran unas albóndigas alargadas tipo salchichas, metidas en un palo de madera como si fueran pinchitos—, son mezcla de ternera y cordero. Esto es la sopa *Mulukhiyah* —tenía una pinta también impresionante.

Todo, me gustó todo, gemía con cada pedazo que me metía en la boca y es que era una explosión de sabores, iba a reventar, pero es que no podía dejar de comer, vamos que no quedó en la mesa absolutamente nada.

Luego me puse en la terraza a mirar las pirámides y nos hicimos unas fotos antes de echarnos a dormir pues estábamos cansados. La cara de *Paul* me encantaba, porque era la de un hombre enamorado, y hasta la medula. Si yo sonreía a él se le dibujaba otra sonrisa en la cara.

A la mañana siguiente nos despertamos temprano y salimos a los jardines del hotel a desayunar, aquello era un banquete sobre nuestra mesa, un desayuno de lo más variado e intercontinental, había de todo.

Un coche con dos hombres de escoltas que teníamos en Egipto nos llevó hasta la Gran Esfinge de Giza y sus tres pirámides: Keops, Kefrén y Micerinos.

Paul se puso a contarme sobre la historia de aquel lugar y yo estaba alucinando en colores escuchándolo, tenía una cultura histórica de lo más extensa y eso era otra de las cosas que me gustaba de él.

Estuvimos toda la mañana haciéndonos fotos y conectando con aquel lugar que era una maravilla de esas que te hacen entrar en un estado de paz, que es inevitable no sentir.

Paul me contó que estaríamos tres días visitando cosas de El Cairo y luego haríamos un crucero

por el Nilo, que nos llevaría a diferentes paradas por el país para conocer el resto, no solo había pirámides, Egipto tenía mucho que ofrecer.

A la hora de la comida volvimos al hotel y lo hicimos en los jardines, aquello me tenía embobada mirando hacia esas pirámides que había tenido tan cerca de mí un poco antes, aunque desde el hotel se veían impresionantes, todo sea dicho.

Subimos a la habitación a descansar un rato, por la noche nos iban a llevar a cenar a un lugar de El Cairo, que estaba a dieciocho kilómetros, así que un poco de descanso no nos vendría mal.

Paul estaba en la terraza para fumar un cigarrillo antes de echarse cuando se giró pálido y me hizo un gesto de que me callara, me asusté al escuchar cómo unas metralletas y un estruendo, como una bomba, sentí un miedo aterrador.

En ese momento llamaron a la puerta los dos de seguridad que nos escoltaban mientras *Paul* decía que estaban asaltando el hotel y que cogiera los pasaportes.

Los chicos nos hicieron un gesto para salir ya del hotel, pero no podíamos bajar por la parte delantera donde estaban entrando esos extremistas, o lo que fueran, matando a todo lo que se le cruzaba por delante, yo me quería morir. *Paul* sujetó mi mano y comenzamos a seguir a los dos chicos de seguridad que iban armados.

Terror, era terror lo que sentía en esos momentos, veía mi vida pasar por delante y morir en aquel hotel sin conocer a mi pequeña judía, sin disfrutar de un amor marcado por tantos episodios dolorosos. Me estaba volviendo loca y era incapaz de reaccionar, no quería entrar en *shock*, tenía que luchar con ellos por salir de aquel hotel en el que nos encontrábamos acorralados.

Paul estaba todo el tiempo haciéndome gestos intentando tranquilizarme, gestos que eran los que utilizaban los de seguridad para indicarnos todo, yo no me lo podía creer, eso no nos podía estar pasando a nosotros.

Desde una ventana vimos a las fuerzas de seguridad del país llegando en grupos muy numerosos, había como un centenar fuera, pero claro, los que estaban dentro estaba segura de que le importaban una mierda morir, antes iban a acabar con todas las personas que había en el interior.

Conseguimos llegar a una habitación de máquinas que era por el interior del hueco del ascensor y que tenía un pasadizo para moverse por él.

Se escuchaban explosiones como de granadas y tiros por todas partes, aquello era como una zona de guerra, yo temblaba mientras *Paul* me llevaba con seguridad y fuerza, haciendo caso a la seguridad privada que teníamos guiándonos para intentar sacarnos de allí, intentaba mantenerse frío y no entrar en pánico.

—Vamos a salir de esta, no entres en *shock* por favor, hazlo por lo que llevas dentro —me dijo *Paul*, dándome un abrazo cuando nos hicieron parar.

—Vale —dije derramando lágrimas a borbotones.

Los chicos hablaban por teléfono y nos comunicaron que afuera ya sabían por dónde íbamos a salir, que un grupo especializado ya estaba esperándonos, pero que teníamos que ir a su ritmo y hacerles caso en todo.

Yo no podía evitar temblar, mi cuerpo no podía hacer otra cosa más que eso, era el mayor peligro al que me había enfrentado en mi vida y era muy difícil de controlar el pánico que se apoderaba de mí.

Los minutos se hacían horas y mi corazón iba a mil, solo rezaba por salir de esa, salir de allí con vida, que volviéramos sanos, no en una caja de madera repatriados a nuestro país.

Los tiroteos eran señal de que se iban cargando a todo lo que se encontraban a su paso, aquello era muy duro de vivir.

De repente pasamos un túnel que era el que nos llevaría hasta la salida, al exterior. Ese lugar se veía que no lo conocían ellos, los malos, los que estaban atentando contra todo y todos, esos que merecían ser derribados lo antes posible, pues aquello era aterrador.

Abrieron como una especie de alcantarilla por la que teníamos que salir, primero se asomó uno de los de seguridad, hizo señas a los que se suponía que estaban allí para defendernos, luego nos hizo un gesto para que saliéramos corriendo y sin mirar hacia atrás, había unos metros que recorrer de la parte de atrás de los jardines.

Nos dijeron que pasáramos nosotros primero y ellos se pondrían a taparnos por si alguien aparecía que dispararían al igual que los que había fuera.

Paul cogió mi mano y comenzó a tirar de mí a toda leche cuando salimos, veía a las fuerzas del estado haciéndonos señas para llegar a ellos y escuchamos un tiro, pero corrimos sin mirar atrás hasta que conseguimos traspasar la zona del exterior del hotel y llegar a donde estaban ellos.

Corriendo nos metieron en un coche y salieron de allí, nos daban agua, nos trataban con respeto y nos pedían que nos tranquilizáramos, que estábamos a salvo.

Paul pidió que nos llevaran al aeropuerto directamente y así lo hicieron, ni maletas, ni nada, no queríamos esperar a que nos devolvieran nada, llevábamos los pasaportes y era lo único que necesitábamos para salir del país y eso hicimos, tomar el primer vuelo que salía de allí hacia Roma y ese mismo cogimos. Desde allí ya compraríamos billetes para regresar a *EE.UU.*

Capítulo 13



Cuando el avión despegó rompí a llorar con todas mis fuerzas mientras *Paul* me abrazaba.

—Siento haber tenido esta mala elección, mi vida.

—No tienes culpa de nada.

—Quise impresionarte, pero no debí traerte aquí.

—Era muy improbable que pasara nada, pero tuvimos mala suerte, esa que se empeña en perseguirnos —dije con el corazón encogido.

Las azafatas sabían que éramos unos de los que habíamos salido ilesos tras el atentado, dos de ellos, por lo visto, en el avión también iban más personas que habían logrado salir vivos, así que estaban muy pendientes y solidarizados con nosotros.

Aterrizamos muy de madrugada en Roma, donde un coche nos llevó a un hotel que *Paul* había cogido antes de montarnos en el avión.

Nos tiramos en la cama y nos abrazamos, los dos rompimos a llorar, *Paul* necesitaba echar fuera todos esos nervios que había pasado durante la huida, aquello fue demasiado para vivir, pero agradecía que él hubiera estado en todo momento a la altura de las circunstancias.

Por la mañana nos subieron el desayuno y tras él, con la misma ropa con la que salimos del país, nos fuimos a comprar algunas prendas, ropa interior y un poco de todo, además de una maleta para ellas.

Volvíamos a la habitación, nos cambiamos y salimos a comer por la ciudad, que se respiraba vida, mucho turismo y algo de seguridad, pero yo todavía tenía el miedo en el cuerpo.

Esa mañana habíamos hablado con todos nuestros familiares para decir que estábamos bien, en las noticias había salido lo de *Paul* que estaba en el lugar asaltado por los yihadistas, así era la noticia, pero que tanto él como su recién estrenada mujer habían podido salir sanos y salvos del país.

—Mi vida.

—Dime —lo miré mientras comíamos.

—Vamos a hacer lo que tú quieras, o salimos mañana mismo para casa o nos quedamos unos días aquí para que conozcas Roma.

—Estoy inquieta por una cosa, de lo contrario me quedaría.

—¿Qué te pasa?

—Quiero que me vea un ginecólogo y que me diga si el bebé está bien —se me cayeron las lágrimas y él, se acercó a secarlas rápidamente.

—Por supuesto, voy a mirar aquí en *Internet* el mejor ginecólogo de la ciudad y conseguir que nos den una cita pronto, para esta tarde o mañana, y a partir de lo que nos digan decidimos, pero todo estará bien, esa judía es como la madre, fuerte —me pegó a su pecho y me abrazó desde su silla.

Se puso a mirar e hizo un par de llamadas. Poco después ya teníamos una cita, para ser exactos

una hora después, en la mejor clínica privada de la ciudad. Tras contarles lo sucedido accedieron a que pasáramos y lo haríamos tras terminar de comer.

Fuimos en un taxi, yo iba con un pánico que nadie podía imaginar, tenía mucho miedo de que a esa cosita que llevaba dentro de mí, le hubiese pasado algo.

Nos atendieron inmediatamente y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en la camilla tumbada donde me estaban haciendo una eco vaginal y otra de barriga.

—Todo está perfecto —esas palabras del ginecólogo me hicieron llorar y hasta él se emocionó, pues sabía que veníamos de vivir algo muy gordo.

Nos aseguró que no había problema en que hiciéramos turismo y demás por la ciudad, pero que, si podíamos evitar las distancias largas y hacerla en taxi durante unos días, sería mucho mejor.

—¿Se puede montar en motocicleta? —preguntó *Paul*.

—Claro, siempre que tengáis mucho cuidado —sonrió el doctor y ya me vi la idea de mi marido, que no era otra que alquilar una.

No le quisieron cobrar, sabían que se trataba del dueño de la empresa de coches más suculenta del mundo y nos trataron de una manera muy afectiva y especial.

Nos despedimos con la tranquilidad de saber que todo estaba bien.

—¿Nos quedamos? —preguntó cuando salimos.

—Sí, no nos podemos ir solo con el recuerdo de lo que nos pasó ayer —reí a la vez que lloraba y él me abrazaba.

El taxi nos llevó a una empresa de alquiler cerca del hotel donde *Paul* cogió una Vespa en color blanca, con ella íbamos a movernos por la ciudad.

Fuimos directos a la Fontana di Trevi, donde tiramos la moneda de forma sincronizada para pedir un deseo, yo no podía pedir otra cosa que salud y un poco de paz, demasiado había vivido ya en muy poco tiempo como para pedir otra cosa.

Cenamos en una pizzería preciosa que *Paul* conocía y que hacían unas pizzas al carbón, espectaculares. Esta vez comí con más ganas y más a sabiendas que tenía que estar fuerte como un roble para mi judía, esa que estaba deseando de que llegara el día de conocer.

Paul estaba tan cariñoso como siempre, pero se le veía un poco preocupado por mí, por verme bien, por sentir que se me iba quitando ese miedo intenso, aunque creo que eso se me iba a quedar grabado para toda la vida, al menos esperaba que no fuera con tanto terror.

Nos fuimos tras la cena a la habitación a darnos un baño, me metí en él relajada y dejándome mimar, luego nos fuimos a dormir abrazados, más tranquilos sabiendo que nuestra judía estaba bien.

Por la mañana me desperté sintiendo sus besos por toda mi barriga mientras jugueteaba con ella.

—Buenos días, *Paul* —sonreí mirándolo.

—Buenos días, princesa, estaba hablando con nuestra princesita.

—Lo mismo es un príncipe.

—No, es una princesita, lo sé, no fallaré.

—¿Y si fallas? —pregunté.

—Lo amaré con la misma intensidad, pero esta es una niña.

—Bueno, ya lo veremos, a mí me da igual —le aseguré.

—Además va a ser la niña de su padre, va a morir de amor por mí.

—Y por mí, ¿no?

—Sí, pero yo seré su debilidad —besaba la barriga con suavidad y a mí se me caía la baba.

Me encantaba que tuviera esa ilusión, ese amor por lo que estaba por venir. Conociéndolo sabía que le daría igual niño o niña, pero sí que tenía una especial ilusión porque fuera una pequeña puertorriqueña.

Escuchamos mucho bullicio y nos asomamos por la ventana.

—No me lo puedo creer... —dije con la boca abierta.

Una manifestación y la policía estaba preparándose para intervenir de forma inminente por los destrozos que estaban haciendo.

—Madre mía, nos persigue lo peor —dijo poniéndose la mano en la boca.

En ese momento llamaron al teléfono y era desde recepción, diciendo que habían bajado los cierres y cerrado herméticamente el hotel hasta que pasara esto, que nos mandarían el desayuno a la habitación.

Vamos, ni qué decir tenía que si no lo hubieran cerrado yo no habría salido, lo que me faltaba, llevarme un pelotazo de la policía o cualquier cosa.

Estábamos en la cuarta planta, desde ahí lo veíamos todo mientras desayunábamos, la gente de pacífica tenía poco y la estaban liando a lo grande y provocando mucho a la policía, que ya estaba deteniendo a gente y apuntando con mangueras de agua.

—*Paul*, busca un vuelo que nos vamos mañana —dije convencida de que ya me quería meter en mi casa de las afueras y desconectar del mundo. Vaya viaje más movidito, si hubiera sabido esto, me habría quedado en el Cortijo de España más tiempo.

Nuestro hotel estaba en la avenida desde la que se accedía a la Fontana di Trevi, así que ahí era desde donde divisamos durante todo el día todo, alucinando con las barricadas, quemas de cosas y destrozos que estaban haciendo.

Nos trajeron la comida, la merienda y la cena, aún seguían liándola y yo sin perder detalles. Quería que todo eso acabara de una vez e irme a dormir tranquila, ya me los imaginaba entrando en el hotel y todo, mi mente ya daba para mucho.

Sobre las doce de la noche se terminó todo, por fin, nosotros teníamos vuelo al día siguiente a la una, así que a las diez de la mañana tras desayunar en el hotel salimos hacia el aeropuerto, se acababa nuestra luna de miel, esa en la que el principio fue precioso con las chicas de la tribu, pero que por lo demás quedaría como la pesadilla de nuestras vidas.

Capítulo 14



Unos meses después.

—¡Quiero que me saquen a esta cosa de aquí! —grité desesperada con esas contracciones que cada vez eran más insoportables.

—Tranquila, respira y vuelve a apretar —dijo la enfermera y vi el dolor en la cara de *Paul*, de ver lo que estaba pasando, pero vamos más dolor era el mío que parecía que me iba a partir en dos.

Todo había sido tan rápido que cuando llegamos no había tiempo para la epidural, así que ahí estaba yo, como una jabata empujando para que la niña saliera de una vez, eso si antes no me partía en dos.

Me llevé la mano de *Paul* a la boca, la mordí mientras gritaba, y salió la cabeza, luego empujé de nuevo y ahí estaba nuestra princesita *Angelia*, llorando mientras yo me iba quedando de lo más aliviada.

Paul la miraba llorando mientras besaba mi mano y veía cómo me la ponían en el pecho, fue una sensación de lo más bonita, lloré como una niña pequeña mientras besaba su cabecita.

En cuanto supe que sería una niña, tenía claro su nombre. Mi hija era una más de la tribu, un pequeño ángel de esa familia virtual de lokis, así que así debía llamarse, *Angelia*, en honor a tus titos y titas del grupo.

Ni puntos necesité, vamos que me iba a ir de allí de rositas a pesar de haber pasado uno de los dolores más fuertes de mi vida, pero ella estaba bien, yo también y ya la tenía en mis brazos, ¿qué más podía pedir?

Paul la cogió y lloró mientras la miraba y acariciaba la mejilla, era una estampa de lo más bonita, ese hombre que una noche fue mi cliente y ahora era mi esposo, el padre de mi hija. ¿No era para hacernos la continuación de la novela? Ya hablaría seriamente con *Dylan* y *Janis*.

Ese día en la habitación, que parecía más un hotel que un hospital, estuvimos todo el tiempo babeando con ella, como todos nuestros familiares que estaban allí visitándonos. Mis padres habían venido y estuvieron con nosotros en la casa desde dos días atrás, ahora se iban a quedar en el piso.

Al día siguiente ya nos dijeron que nos podíamos ir y eso hicimos, volver a nuestro hogar con la princesita entre nosotros, estábamos que no cabíamos en felicidad.

La habitación de la pequeña era una preciosidad en la que no faltaban detalles, pero obviamente los primeros meses dormiría con nosotros, en un moisés, luego la cambiaríamos a la cuna, pero a nuestro lado.

Era muy buena, se quejaba un poquito para comer, pero ni lloraba, eso sí, había noches que no se despertaba y tenía que hacerlo yo para enchufarle el pecho.

Paul era de lo más atento, un padrazo que estaba pendiente de facilitarme las cosas y contribuir en todo. La cambiaba, bañaba, estaba totalmente pendiente de ella y le hablaba muchísimo, hasta cuentos le contaba. ¡Ni que los entendiera!, pero con ese tono la relajaba muchísimo.

Conmigo era la mejor persona y marido del mundo, se desvivía en atenciones hacia nosotras. Siempre tenía un beso o un abrazo para darme en cada momento.

Luka venía cada dos o tres días, decía que era su tato, estaba que se moría con la niña, no dejaba ni que le soplaran un ojo, la pequeña se reía mucho con él y era verlo y echarle los brazos para que la cogiera.

Cuando menos nos dimos cuenta, era el primer cumpleaños de nuestra princesita, esa que nos tenía con la baba caída todo el día y que nos sacaba las mejores de nuestras sonrisas.

Estuvieron unos días mis padres y el día del cumple toda su familia, incluso su hermana y su sobrina que vinieron de París.

Fue tan bonito el cumpleaños que le preparamos, que immortalizamos con un montón de fotos los momentos que se estaban viviendo en torno a ella. Queríamos que cuando tuviera uso de razón la viera y comprobara que, desde siempre, habíamos mimado mucho su felicidad y nos habíamos volcado en hacerla sonreír cada momento de nuestros días.

Cuando mis padres regresaron a Puerto Rico comencé a sentirme mal y tuvimos que ir al hospital, no tardaron en confirmarnos que... ¡Estaba embarazada!

Recuerdo cómo lloraba *Paul* de felicidad y yo me persignaba, nuestra hija daba sus primeros pasos y ya venía otro en camino, aquello para mí era un *shock*, pero vamos, ¿qué podíamos esperar cuando lo hacíamos, día sí y día también sin usar medios?

Me tiré tres días en *shock*, literal, no reaccionaba a la noticia, no es que no me hiciera ilusión, siempre hablamos de tener varios hijos, pero en ese momento como que no me lo esperaba. De todas formas, cuando naciera, Angelia ya estaría a punto de cumplir dos años, así que era buen momento, pero, joder, que me había cogido totalmente de sorpresa.

Paul trabajaba desde casa, de vez en cuando iba a alguna reunión, pero siempre estaba a mi lado ayudándome con todo. Para todo lo relacionado con las tareas domésticas teníamos a *Helen*, una mujer interna que llevaba con nosotros seis meses y era peruana, un encanto de persona a la que le teníamos total confianza y es que se lo había ganado con creces.

A los tres meses nos dijeron que íbamos a tener un niño y, tal como le prometí a su madre, dije que se llamaría *Paul*, como el padre, y así sería, cosa que a mi marido le enorgullecía y le gustaba, así que todos contentos. Además, a mí me encantaba el nombre del hombre que era el causante de mi felicidad y es que, con él, sentía una paz increíble.

Con mi príncipe me pasó igual, cuando llegué al hospital estaba tan dilatada que me llevaron directa para el paritorio y en menos de diez minutos, y después de haber soltado toda serie de improperios mientras apretaba, nació *Paul*, otra preciosidad que venía al mundo para ampliar nuestra familia, esa que para mí era lo más grande que poseía, con la que sentía que el amor entre *Paul* y yo, no hacía más que crecer. No había un simple gesto feo jamás en él, todo lo contrario, se encargó cada día de hacerme la mujer más feliz del mundo.

Epílogo



Estaba relajadamente tirada en esa cama balinesa de un rincón del Caribe cuando escuché a dos de mis niños pelear, me incorporé y eran *Dylan* y *Hugo*. Sí, como los escritores.

Habían pasado diez años de la boda y tenía cuatro hijos.

Angelia tenía nueve años, *Paul* siete y *Dylan* y *Hugo* tenían cinco, eran mellizos, se colaron de sorpresa y por partida doble.

—¿Y ahora qué pasa? —les pregunté mientras veía a *Paul*, venir con dos cócteles en la mano.

—Mamá, fue *Hugo* que le dijo a *Dylan*, cara caca —contó *Paul*.

—Sí, fue él —se defendió llorando *Dylan*.

—Mirad, os voy a decir una cosa a los dos, que sois los que siempre la liais. Como me deis el día, os juro que no os dejo las *Tablet* esta noche para ver dibujitos.

—A ver, ¿qué pasa aquí? —preguntó *Paul*, dándome una copa y le explique.

—Pero siempre soy yo, y cuando él me dice algo, nadie se chiva —protestó *Hugo*.

—¡Ya!, ¡os calláis ya! Estamos de vacaciones y en vez de disfrutar os estáis peleando.

—Pues ya no soy su amigo.

—No eres mi amigo, eres mi hermano y eso como no te saques la sangre y te la descambien, no lo puedes quitar —dijo *Dylan*, y *Paul* y yo tuvimos que aguantar la risa.

—He dicho que callados ya —dijo el padre con gesto de enfado, y *Hugo* se cruzó de brazos con cara de rabia.

—Menos mal que te operaste para no tener más niños, me llega a venir otro y me doy dos tiros —dije causando una sonrisa en *Paul*, que acariciaba mi brazo para que me tranquilizara.

—Lo haces muy bien, son niños y tienen que liarla un poquito, mi vida.

—Los regalo hasta que cumplan dieciocho años —dije provocando una risa cómplice entre Angelia y el padre.

—Mamá, yo soy muy buena, a mí no me vas a regalar.

—Ven para acá, princesita, eres un bombón de niña desde que naciste, no te peleas ni contigo misma —dije dándole un abrazo.

La verdad es que yo amaba a mis hijos, no podría desprenderme ni dos días de ellos, pero vaya mellizos tenía, eran todo el día uno en contra del otro, eso sí, luego no podían vivir separados, además se peleaban entre ellos, pero si alguien les decía algo, se defendían el uno al otro hasta la saciedad.

Helen apareció que venía de haber ido al baño, se llevó a los niños a jugar, estos que dormían con ella, *Paul* y yo íbamos a estar por las noches como de luna de miel, pero ese día también, ya que habíamos decidido pasarlo a solas, solo que era temprano. Desayunamos juntos y ya los niños iban a disfrutar de la zona infantil bajo la vigilancia de nuestra mujer de confianza.

Se quedó una paz increíble, *Paul* me besó riendo y brindamos por ese día, que lo íbamos a disfrutar a tope.

—¿No tienes la sensación de que corre el tiempo muy deprisa?

—Más debería de correr —reí—. A ver si cumplen ya veinte años.

—No, luego te acordarás de esta edad de ellos y los echarás de menos.

—Ya lo sé, pero me agotan, se llevan fatal *Dylan* y *Hugo*.

—Son niños —me besó sonriendo y se pegó a mí—, pero hoy vamos a disfrutar los dos, nos lo merecemos.

—Sí por favor, necesito el día para mí —me tiré sobre él y comencé a besarlo.

Nos fuimos al agua agarrados, como siempre, en esos diez años habíamos cuidado de nuestra familia, pero también de nuestra relación y la confianza, el amor, el respeto y cariño fueron los ingredientes fundamentales para que todo marchara sobre ruedas, además *Paul*, me seguía mirando con los mismos ojos de deseo que al principio.

En el agua comenzamos un tonto que ya sabía yo cómo iba a terminar, luego nos fuimos a una piscina con barra acuática donde seguimos tomando unas copas, ese día me iba a beberme hasta el agua de la piscina.

—Te juro que escucho a los niños —dije dando un trago y fumándome un cigarrillo, cosa que hacía muy puntualmente, conseguí quitar ese vicio de mi vida con tantos embarazos.

—Relájate y disfruta, estarán liándola, pero ya sabes que *Helen* sabe cómo manejarlos —reí mientras *Paul* acariciaba mi pierna.

Me levanté y me puse entre sus piernas, me encantaban esas miradas que me seguía regalando y esa complicidad tan grande que había entre nosotros.

A la hora de comer nos fuimos en una lancha a otra parte de la isla donde había un restaurante muy famoso de marisco, nos dejaron allí.

Comenzamos con una botella de vino blanco con sabor afrutado y esa gran mariscada que pusieron a todo el largo de la mesa.

—Todo esto es afrodisíaco.

—A ti no te hace falta, siempre estas caliente —reí.

—No sabes la de juguetitos que traje para el día de hoy —me hizo un guiño con esa media sonrisa que me dejaba en Babia.

—¿En serio? —pregunté alucinando.

—Por supuesto, hace mucho que...

—¿Dos meses que no apareciste por casa con otro lote? —me reí.

—Esos no cuentan —carraspeó agarrándose y haciéndome cosquillas.

—Ah vale, vale —volteé los ojos recordando lo bien que lo pasamos ese día, y es que *Paul* jamás había dejado de sorprenderme y en el sexo nos lo pasábamos genial.

El marco era ideal a los pies del Mar Caribe con ese delicioso marisco, vino y la compañía del amor de mi vida, encima ese día libre de niños. Estaba dispuesta a disfrutar a tope de cada minuto.

Tras la comida y darnos un baño en esa zona del restaurante nos fuimos de regreso en una lancha para el hotel, eran como taxis acuáticos que iban trasladando a la gente.

Allí pasamos la tarde hasta que cayó el sol y nos fuimos a la habitación, nos duchamos y vestimos elegantes para cenar en una zona exclusiva del hotel que había reservado *Paul*.

Era una zona alta de ese *resort* con unas vistas al mar impresionantes, que parecía que estábamos sobre lo alto de él, al aire libre, era una pasada. Cuando nos pasaron a la mesa pensé

que el sobre que había delante de mí era algo de información de la cena, cuando lo abrí me llevé la sorpresa más grande del mundo, era una carta de puño y letra de *Paul*, lo miré sin entender nada y sonrió haciéndome un guiño de ojo, negué y comencé a leerla...

Querido amor de mi vida:

Soy consciente de que no soy escritor y tampoco sé expresar en un papel mis sentimientos, son tantos que dejarlos escrito es imposible. No habría palabras que describieran tanto amor y felicidad a tu lado y el de la familia tan bonita que hemos creado.

No sé por dónde empezar, pero te engañé en algo durante los dos últimos años y no estamos solo de vacaciones aquí...

Una vez me dijiste que no querías tener más hijos, que te ibas a quedar con las ganas de cumplir una misión y es que era adoptar algún niño que hubieran abandonado y darle la posibilidad de tener una familia.

Vamos a ser padres...

Sí, ya lo somos de uno más, hemos venido hasta aquí porque mañana firmamos ante el juez de esta isla la adopción de una niña de dos años que, en el terremoto de hace un año en esta isla, perdió a su familia, solo se salvó ella y ahora la vamos a cuidar nosotros.

Sé que le vamos a dar todo el amor del mundo como al resto de nuestros hijos y que tú serás para ella todo aquello de lo que ahora carece.

Solo quería decirte que te amo con toda mi alma y que mañana tendrás el parto más dulce del mundo, esa pequeña que ahora está esperando para vernos la cara y abrazarnos. Ya le hablaron mucho de nosotros, seremos el pilar fundamental de su vida y, entre todos, la amaremos y daremos la bienvenida.

No dejaría ni un deseo tuyo sin cumplir si estuviera en mis manos y como tal, aquí lo tienes.

Felicidades, volvemos a ser papás...

Lo miré sin poder mediar palabra, llorando como una cría con un nudo en la garganta, era lo más bonito que había hecho *Paul* por mí, por nosotros, por nuestra familia.

Me agarró las manos por encima de la mesa y él también estaba con los ojos vidriosos, llenos de amor, ese que nos había dado cada día de nuestras vidas.

Esa noche fue la más bonita de los últimos tiempos, los nervios los pasamos juntos, lo hicimos con mucho amor, siendo uno y mirándonos a los ojos a unas horas de ese parto tan de corazón, tan bonito, tan especial.

Llegó el momento en el que llegamos a ese juzgado llenos de nervios y una preciosa niña de piel tostada que era una preciosidad corrió hacia nosotros cuando nos vio entrar en la sala del juzgado, hasta a la jueza se le saltaron las lágrimas cuando los tres nos fundimos en ese abrazo.

Nuestra hija, nuestro amor, un nuevo miembro de nuestra familia que cuando llegó al *resort* y conoció a sus hermanos, se volvió loca con ellos.

Ariadna, así le pusimos, esa que llegó a nuestras vidas dando un sentido al amor muy grande, esa que puso patas arriba nuestras vidas y la de sus hermanos.

Así fue nuestra vida desde que lo conocí, llena de dolor, amor, felicidad y momentos que, tantos buenos como malos, superamos juntos.